

EL ZOO ESPACIAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

EL ZOO ESPACIAL

Título Original: *El Zoo Espacial*

Colección: La Conquista Del Espacio 624
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

—¡Pueblo de Caton, pueblo de Caton, oíd la voz de vuestros maestros, de vuestros dirigentes! ¡Salid de vuestras casas y acudid a la plaza del Emperador de la Galaxia, su majestad Ronrig! ¡Acudid todos, dentro de treinta minutos entrará en funcionamiento el programa BNL! ¡Atención, atención, pueblo de Caton…!

La voz no se sabía de dónde salía, pero se expandía por toda la ciudad en una mañana de cielo azul morado limpio. No había nubes, todo parecía tranquilo, sólo aquella voz turbaba el silencio de la urbe.

—Vamos, hijo, tenemos que obedecer.

El niño, de unos siete años catonitas, abrió mucho sus grandes ojos de pupilas pardo rojizas y miró a Sideria, su madre, que vestía la túnica corta anaranjada como todas las mujeres del pueblo de Caton, pues no se fabricaba otro color de tela que aquél.

El mismo niño vestía también en color anaranjado pero con una ancha franja en diagonal sobre su pecho, indicando que era niño, un traje que no podría abandonar hasta alcanzar la pubertad.

—Mamá, ¿por qué tenemos que obedecer siempre?

—Somos una civilización sometida, hijo mío. Cuando llegaron a nuestro planeta las hordas del emperador Ronrig, fuimos invadidos, derrotados y esclavizados, aunque esta palabra no se puede pronunciar en público bajo pena de desintegración. Quieren, exigen que lleguemos a creer que somos una civilización planetaria libre que evoluciona y eso es falso, hijo, es falso, pero algún día llegará en que podamos sacudirnos el yugo que el emperador Ronrig nos impuso.

—Mamá, no comprendo nada —dijo Raig con su sinceridad infantil.

La madre se acuclilló para abrazarle. Los ojos estaban al borde del llanto, pero las lágrimas no llegaron a escapar de los lagrimales.

—Cuando crezcas más lo entenderás, hijo, lo entenderás. Ahora tenemos que salir de la casa y acudir a la gran plaza Imperial, es una orden y debemos acatarla.

—Y si no vamos, ¿qué sucederá?

—Moriríamos, hijo, moriríamos. Los que se quedan en sus casas, los que están hartos de vivir, los que ya no quieren sentirse más esclavos, se quedan en sus casas y mueren.

—¿Cómo mueren, mamá?

—El programa BNL entra en funcionamiento y los mata silenciosamente, sin ruido, sin estropear nada. Mueren como si les faltara el aire. Ahora, no podemos perder tiempo, hemos de acudir al estacionamiento del bus.

El niño ansiaba hacer preguntas pese a estar casi seguro de que no entendería las respuestas que le dieran, pero el ansia de saber fustigaba su mente como unos puños que golpearan sin cesar la bóveda del cráneo.

Salieron del cuadriculado apartamento que constituía una celdilla más en el edificio-panal en que vivían y como aquel edificio, los había a cientos, totalmente iguales, tan iguales que si no hubiera sido por los números y las letras que los señalaban, no habrían sido identificados.

Salieron al corredor y se introdujeron en el ascensor de cristal que subía y bajaba por la pared exterior del edificio mientras un objetivo colocado en el interior del ascensor los vigilaba, los controlaba, los identificaba y computaba.

Sus rostros, sus nombres, su filiación completa, pasaba a la memoria de un gigantesco ordenador que nadie en el pueblo de Caton sabía dónde estaba.

Cuando salieron a la calle, no estaban solos. Cientos, miles, decenas de miles de habitantes de la civilización de Caton salían de sus apartamentos, no querían morir.

Los buses aerodeslizadores llegaban veloces a los estacionamientos señalizados.

El virrey de Caton había ordenado un aumento centuplicado del servicio de buses para poder trasladar a los súbditos, pues no se les podía llamar ciudadanos porque carecían de las libertades mínimas para serlo.

Sideria y el pequeño Raig quedaron apretujados dentro del bus aerodeslizador.

Sólo daban voces los entes de Caton que parecían estúpidos. La

mayoría iban meditabundos, como máximo cuchicheaban.

Por los sistemas de audio no se les había explicado el porqué de aquella reunión en la plaza Imperial de su majestad Ronrig y tampoco se les había dicho nada por la TTV, cuyas pantallas sólo emitían programas de entretenimiento donde las historietas que se les contaban eran idiotizantes. Todo estaba tan mascado que ni siquiera tenían que hacer el esfuerzo de pensar.

Los perfumes que salían por los micro orificios que había debajo de la pantalla ayudaban a aletargar a los espectadores que quedaban como atontados, arrellanados en sus respectivas butacas o sofás. Una apatía general imperaba entre los entes de Caton.

La gran plaza Imperial de su majestad Ronrig era inmensa.

Carecía de árboles y su centro era una circunferencia. Fuera de dicha circunferencia había una serie de terrazas colgantes que convertían la plaza en una especie de anfiteatro.

Se decía que en aquella plaza, de pie, cabían todos los entes de la ciudad Cero del planeta.

Por las placas de identificación que exhibían sobre sus pechos eran distribuidos por sectores. Entes del pueblo de Caton, pero llevando brazaletes azules y cascos de protección, se encargaban de guardar el orden.

No llevaban consigo otras armas que porras electromagnéticas, porras contundentes que además producían descargas que castigaban con mucha dureza a quienes caían bajo sus golpes.

Los conocidos y familiares intercambiaron tímidos saludos. Las reuniones de más de cuatro personas así como las asociaciones de todo tipo estaban absolutamente prohibidas.

Un zarpazo de angustia arañó las entrañas de Sideria al ver en el centro de la gran plaza la enorme jaula con barrotes de acero, una jaula que tenía un techo de sólo dos metros de altura y una gigantesca plataforma debajo.

Para acceder a la única puerta de la jaula, habla una rampa que salvaba el desnivel de un metro de altura que tenía la gran plataforma.

—Mamá, ¿para qué es esa jaula?

—Calla, hijo, no hables ahora.

—¡Atención, atención, súbditos de Caton, su majestad imperial va a hablaros!

Se produjo un silencio absoluto. Todos sabían que el que rompiera el silencio, el que formara escándalo, sería duramente castigado y no

servía pensar que cerca no había ningún vigilante.

Siempre había ojos atentos que vigilaban desde el cielo. No habían sido pocos los castigados cuando pensaban que nadie les veía. El control era total.

Alzaron las cabezas y vieron cómo el cielo cambiaba de color en un espacio circular sobre el que apareció la imagen aérea y tridimensional del busto del emperador Ronrig.

Era una proyección en el espacio para la cual no se precisaba pantalla de recepción y parecía tan real como si estuvieran mirando a un ser humano a poca distancia; sin embargo, había diferencias y éstas eran que la proyección flotaba sobre la inmensa plaza como un dios y la segunda y gran diferencia era que la proyección aumentaba unas cien veces el tamaño real, lo que convertía al emperador Ronrig en un ser inmenso que los empequeñecía a todos, los sometía con su volumen. Sus ojos semejaban abarcarlo todo y su boca parecía capaz de engullirlos uno a uno.

Ronrig tenía una cara alargada, de mentón casi puntiagudo. Su boca prácticamente carecía de labios. Sus mejillas estaban finamente rasuradas y sus ojos eran redondos, gris claro, unos ojos color de hielo visto en la niebla.

No se le veían las orejas que quedaban cubiertas por el tocado, compuesto por una corona de gemas rutilantes que cegaban como diminutas estrellas y un cubrenucas de finísima malla que, vista a distancia, semejaba seda.

Vestía la casaca imperial tejida con hilos de metales preciosos. Sus manos eran grandes, casi enormes y alargadas, huesudas, de nudillos abultados.

—Súbditos de Caton —comenzó a hablar el emperador Ronrig, y la voz semejaba partir efectivamente de los labios de aquella proyección aérea y monumental—. Súbditos de Caton, es un placer para mí dirigirme a vosotros. Estoy informado de que acatáis las leyes y mandatos que son dictados para vuestro bien, para vuestra prosperidad. Gracias a mi eficaz protección vivís en paz y no os faltan alimentos ni viviendas donde guareceros. No tenéis enemigos que os acosen, porque si los hubiere, mis milicias los exterminarían. Sé que la producción agrícola funciona bien. La extracción de minerales ha descendido notablemente y ahí os tenéis que esforzar más. He sido informado de que ha habido varios sabotajes a la producción por elementos contrarios al bienestar y a la paz de vuestro pueblo, también ha ocurrido algo

similar en las factorías de transformación y manufacturados. Los saboteadores son vuestros enemigos, ellos son los culpables de que como castigo se rebaje vuestra alimentación un treinta por ciento durante mil jornadas. Ellos son los culpables de este racionamiento, también de que se descienda la calefacción en los lugares de trabajo.

—¡Asesino! —rugió de pronto una voz entre la multitud.

La mano del emperador Ronrig, de su proyección aérea, se extendió ligeramente y de las puntas de sus dedos surgió un rayo rectilíneo que dio justo en el cuerpo del ente de Caton que alcanzado de lleno, rugió en medio del fuego que le envolvió, abrasándolo hasta convertirlo en cenizas mientras los que estaban a su alrededor se apartaban horrorizados y temerosos.

—Los rebeldes no se rebelan contra mí, sino contra vosotros mismos. Son vuestros hermanos, pero no os aman, porque saben que con su actitud os causarán daño, os rebajarán la alimentación, os quitarán el calor necesario. Apartarán de vuestro lado a vuestros hijos antes del tiempo fijado, aumentarán vuestras horas de producción y os rebajarán las horas de descanso. Yo soy implacable con los terroristas rebeldes y piadoso con mis súbditos, por ello no os voy a aplicar las medidas duras que habéis merecido, y no lo haré porque hoy es una gran jornada para todos.

Mientras el emperador hablaba, se abrió una compuerta en el suelo dejando al descubierto una rampa descendente que se hundía en el subsuelo y por ella aparecieron milicianos del ejército imperial subidos en sus motoaerodeslizadores de pequeño tamaño y gran maniobrabilidad y rapidez.

Llevaban las cabezas protegidas por yelmos que los hacían invulnerables a ataques de armas convencionales. Después, aparecieron entes de Caton. Eran vigilantes de seguridad, vestidos de color naranja, pero con brazaletes azules y cascos blancos.

Estos, en dos filas conducían a los prisioneros que llevaban el torso desnudo y argollas que se cerraban en sus cuellos. Quedaban unidos unos a otros con cadenas. Eran entes a los que les había crecido el cabello y sus rostros aparecían barbados.

Estaban escuálidos, muchos eran puros esqueletos por el hambre y la miseria pasada en las mazmorras que se hallaban en el subsuelo del planeta.

Los prisioneros iban saliendo y avanzando. Miraron al pueblo que se hallaba en las grandes terrazas por miles, por decenas de miles de

cientos de miles, observándoles a su vez.

—Mamá, ¿son hombres malos? —preguntó el pequeño Raig.

—No, hijo, no —musitó la madre con un nudo en la garganta mientras oprimía contra si a su hijo. Estaba en primera fila de la primera terraza.

—¡Sideriaaaa!

La voz brotó como un rugido de angustia, de rabia. Era una voz fuerte y ronca que escapaba de un pecho velludo. Era un hombre alto, delgado pero musculado, unos músculos ahora estirados, marcados por la atroz tortura.

—¡Mamá, es Nur, es papá! —exclamó Raig, reconociéndolo.

Rápidamente, dos vigilantes, dos seres de Caton con su casco blanco y banda azul en los brazos, se apresuraron a golpearle con sus porras electromagnéticas.

Nur dobló sus rodillas, humillado por los terribles golpes eléctricos que flagelaban su sistema nervioso de forma cruel. Nur estiró su mano torturada.

—¡Sideria!

—¡Hijo, no mires, no mires! —suplicó Sideria abrazando a Raig, más éste pudo abrir los ojos por encima del brazo de la mujer mientras se llevaban a su padre.

Hubo un inicio de rebeldía entre los prisioneros, pero las porras en alto comenzaron a golpear y los empujaron como si fueran ganado hasta introducirlos en la jaula.

La puerta se cerró mientras comenzaba a oírse un rumor de protesta, un rumor que salía de las gargantas de los concurrentes, de todos los súbditos de Caton que habían sido obligados a acudir a la gran plaza Imperial de su majestad Ronrig. Sin embargo, nadie abría los labios, nadie lo hacía para no delatar la protesta que le brotaba de las entrañas.

—¡Pueblo de Caton! —prosiguió el emperador, que flotaba en el aire como un dios implacable—. Hoy os libraré de los culpables, de los que atacan y minan vuestra sociedad. Este es un gran día que deberéis recordar. Cualquiera que descubra y delate a un saboteador será premiado y con ello hará un bien a los demás. Nadie tiene derecho a cambiar vuestro destino, el destino que os permite vivir en paz y bienestar.

Comenzó a oírse la marcha imperial galáctica. La música se elevó más y más hasta engullir el rumor, ya casi fragor de protesta y rabia mientras la gran jaula en la que habían sido encerrados un par de

cientos de entes de Caton, entre hombres y mujeres, comenzaba a subir.

La plataforma propulsora que había debajo de la jaula, con una luminosidad cegadora, la elevó más y más, pero no lo hacía rápidamente, sino con lentitud.

—¿Adónde los llevan, mamá, a adónde los llevan?

Con el rostro empapado por las lágrimas y la desesperación, con la voz trémula, Sideria explicó a su hijo:

—A las estrellas, Raig, a las estrellas.

Todos sabían perfectamente lo que iba a ocurrir.

La jaula que ascendía lentamente entraría en las capas frías de la atmósfera y los cautivos encadenados comenzarían a sentir el frío letal en sus cuerpos desnutridos.

Se irían congelando a medida que les faltara el oxígeno y la asfixia remataría la obra asesina proporcionándoles una muerte cruel.

Los cuerpos caerían unos sobre otros, helados y asfixiados, mientras la jaula abandonaría la atmósfera y saltaría al espacio ingrávido y sin aire.

La plataforma daría un impulso de gran velocidad a la jaula y después se desprendería de ella, abandonando a la jaula para que se convirtiera en un cuerpo espacial más, inerte y muerto como los cadáveres que se amontonaban encadenados unos a otros, una jaula panteón que viajaría a través de los espacios infinitos hasta chocar contra alguna estrella, fundiéndose en su seno.

CAPÍTULO II

—Lárgate, Raig.

Raig tensó sus músculos. No le gustaba que le mandasen y menos de aquella forma imperativa.

La situación era difícil dentro de la gran mina de swobonita, material del cual se extraía la materia núcleo energética que en una mínima parte se utilizaba para las pilas de mantenimiento en el planeta Caton. Y el noventa por ciento era llevado a un astropuerto donde la recogían las cosmonaves del imperio de Ronrig.

La mina era grande, con túneles largos y profundos.

Había grandes máquinas excavadoras que se utilizaban para la extracción del mineral. Los entes de Caton viajaban a lo más profundo de la mina donde las radiaciones eran más peligrosas y el calor resultaba inaguantable.

—¿Qué pretendes, Sogo?

—Eso a ti no te importa, Raig; vete de aquí.

Raig era ya un joven fuerte, alto como lo fuera su padre, musculoso, de mirada ávida e inteligente. Tenía cabellos de color cobre brillante y su mentón parecía capaz de resistir duros golpes.

—No vas a provocar una explosión; ¿verdad, Sogo?

—Raig, ya te has hecho mayor, eres el hijo de uno de nuestros mártires, uno de los más grandes que hemos tenido y debes comportarte como lo haría tu padre.

—Nadie me ha dejado pertenecer a ningún grupo —dijo con cierto resentimiento.

Sogo alargó su mano y la puso sobre el hombro del muchacho al tiempo que vigilaba por si aparecía un chim, pues éste era el nombre que, despectivamente, como un insulto, daban a los entes de Caton que

usaban el brazalete azul y que servían al emperador Ronrig en contra de sus hermanos de la civilización del planeta Caton.

—Muchacho, ellos saben quién fue tu padre, lo saben muy bien. Está en sus computadoras y por lo tanto has sido siempre más estrechamente vigilado. Ellos esperan que tú te unas a la causa y siguiéndote a ti darían con los demás rebeldes, los que no nos sometemos, los que preferimos morir a que nuestro pueblo siga esclavizado por los alienígenas. No podemos permitir que nos descubran, primero vendría la tortura y después, el lanzamiento al cosmos. Ya sabes cómo murió tu padre, la jaula de la muerte. No es que no confiemos en ti, es que ellos te vigilan especialmente a ti para encontrarnos a nosotros.

—Yo no quiero permanecer al margen, quiero luchar como luchó mi padre.

—Quizás algún día llegue ese momento, Raig, pero por ahora es mejor que te mantengas al margen. De esta forma también sirves a la causa y ahora, deséame suerte, la voy a necesitar.

—Sogo, deja que te ayude.

—No, Raig, no puede ser.

Raig le vio alejarse, perderse por el túnel descendente. Sogo era un hombre fuerte pero castigado por el excesivo trabajo. Un ente luchador que no estaba dispuesto a que el emperador Ronrig transformara su civilización hasta convertirlos no sólo en esclavos físicos, sino también mentales, aceptando la situación. Era como convertirles en androides manipulados a distancia.

—¿Dónde está Sogo?

La interpelación le cogió por sorpresa. Junto a él acababa de aparecer un chim.

De pequeño había aprendido a mirar con repugnancia a aquellos hermanos que habían preferido convertirse en vigilantes. Levantaban sus porras en contra de sus semejantes, obedeciendo a los alienígenas, es decir, a los invasores que les esclavizaban y cobraban su tributo con el que cubrían sus necesidades de aprovisionamiento.

—No sé, no ha pasado por aquí —mintió para proteger al luchador por la causa.

—Mientes.

Raig se encogió de hombros y dio la vuelta como para marcharse hacia su puesto de trabajo.

—Espera. Dime donde está Sogo. Tú lo sabes; tú eres uno de ellos.

El chim lo había cogido por el brazo obligándole a volverse.

Raig vio la porra eléctrica en alto, amenazándole. No era la primera vez que la veía de cerca; la había visto en las calles, en el apartamento donde vivían, en los registros de que habían sido objeto.

La había visto cuando lo habían arrancado del lado de su madre, a la cual no volvió a ver. No existía correspondencia ni telecomunicación, pues estaba prohibida, pero sí le habían hablado de ella quienes la habían visto. Raig recordaba muy bien la separación, Sideria ya tenía sus ojos llenos de lágrimas.

—Hijo, no olvides nunca quien eres, no lo olvides. Algún día, Caton será otra vez libre —le había dicho.

Dos chim se rieron de ella, de sus palabras. Para ellos, que vivían obedeciendo a los invasores, aquellas palabras carecían de sentido y a los rebeldes que luchaban por la causa había que exterminarlos.

—No vuelvas a levantarme esa porra.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasará si no lo hago?

—Que te la tragarás.

—Mereces una lección…

El chim trató de golpearle con la temida porra eléctrica. Raig paró el golpe con el antebrazo al tiempo que golpeaba al chim con su puño cerrado en el plexo solar, derribándolo. El chim se recuperó pronto, el odio brillaba en sus ojos.

—Conque haciéndote el listo, ¿he? Ahora verás, bastardo, te voy a dar la paliza que estás buscando. Tú eres de los que nos desprecian, de los que nos llamáis chim…

—Los chim sois los traidores al pueblo de Caton, podríais manejar vuestras porras en contra de los invasores.

—Estas palabras te costarán un buen tiempo en el penal. Vas a llevar cadenas, bastardo.

—Las cadenas no me las vas a poner tú ni nadie.

En aquel momento se produjo una horrísona explosión. El chim se había abalanzado contra Raig, pero éste se echó a un lado y la onda expansiva que se propagó por el túnel empujó al chim contra la pared de duro mineral.

Raig no llegó a caer.

Una nube de polvo y gases nacidos de la explosión se propagó por el túnel.

Cuando el estruendo todavía resonaba en el interior del cráneo de Raig, tosió con fuerza, sus pulmones se habían llenado de polvo y gases nocivos.

Sus ojos apenas veían. Se había producido un apagón en el sistema de iluminación del túnel y los trabajadores no tenían cascos ni luces individuales.

Quedó quieto. La luz se hizo de nuevo y entonces descubrió al chim en el suelo. Tenía el rostro partido y estaba muerto.

Dándose cuenta de que su situación era muy difícil, se alejó por el túnel.

No tardarían en aparecer por allí otros chim, esta vez acompañados por milicianos armados que dispararían a matar.

Pudo oír pasos, voces, gritos… Después se escuchó la voz de órdenes que se propagó por la mina.

—¡Que nadie se mueva de donde está, que nadie se mueva!

Raig hizo caso omiso. Si le atrapaban junto al chim muerto, él lo iba a pasar mal, no se podía olvidar que acababa de producirse un acto de sabotaje en la mina de swobonita.

Arribó a una encrucijada de túneles a la que llegaba ruido de pisadas y voces. Raig tenía que llegar junto a algún grupo de mineros y mezclarse con ellos.

Lo consiguió, pero algunos compañeros lo miraron con reparo.

Aparecieron unos chim escoltados por milicianos imperiales armados dispuestos a matar. A aquellos entes alienígenos sólo se les veían los ojos que escrutaban a través de las mirillas de los yelmos de protección.

—¿Nadie se ha movido de aquí? —preguntó un jefe de chims.

—Nadie —respondió un minero con apariencia de tener más años de los que realmente tenía.

Un miliciano con graduación de mayor ordenó:

—Todos en fila. Que se os vea la placa de identificación.

Los entes esclavizados de Caton obedecieron, poniéndose en fila.

De pronto, uno de ellos trató de escapar corriendo. Nadie entendió por qué lo hacía, era un hombre ya cargado de años, huesudo y al borde de la locura. Quizás aquél fue el momento en que su cerebro estalló, incapaz de resistir más aquella situación.

—¡Cogedle! —ordenó el jefe de la patrulla de vigilantes.

—¡No me cogeréis, no me cogeréis! —gritó el viejo enloquecido, alejándose por el túnel.

Uno de los milicianos le apuntó con su arma y disparó.

El viejo sufrió el impacto incinerante, no tuvo ni tiempo de gritar. De inmediato se inflamó, transformándose en una luz blanquísima,

cegadora. Después, una nube de gases tóxicos y malolientes y en el suelo sólo quedó una mancha de cenizas.

Raig apretó los puños con fuerza, pero no atacó. Se daba cuenta de que nada podía hacer contra los invasores armados ni contra los chims que hacían la labor sucia de golpear a sus propios hermanos para conseguir ellos un trato de favor, mejor racionamiento, mejor comida, diversiones, todo mejor, pero a cambio algunos de ellos habían llegado a convencerse de que su trabajo era honesto y justo, que, tal como se les había dicho, así ayudaban a que la paz y la prosperidad imperaran en el planeta Caton.

—Otro, otro, otro…

Iban colocando un objetivo delante de las placas y la identificación de las mismas pasaba a la memoria de un ordenador portátil que luego pasaría los datos a un codificador central.

Salieron de la mina. El minero que había mentido para salvar a Raig preguntó a éste en voz baja, en un cuchicheo para que nadie los oyera:

—¿Y Sogo?

—No lo sé.

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Cuando?

—Antes de que pusiera la…

—¡Cállate!

Todos fueron saliendo de la mina mientras una patrulla chim se acercaba al lugar del siniestro para evaluar los daños sufridos.

—¡Trabajadores!

La voz salía de nuevo del propio aire. Era la voz de órdenes de las fuerzas milicianas.

Aquel día fueron todos a sus casas.

Los solteros vivían todos en unos edificios-celda con servicios de lavabos comunes por pisos y una estancia individual de tres por tres pasos.

Raig no salió de su apartamento, quedó pensativo con el TTV abierto.

Por la pantalla de teletrivisión con magníficos colores recibía un espectáculo y luego información que sólo les hablaba de lo bien que vivían en el planeta Caton bajo la protección del emperador Ronrig.

Quitó el sonido y trató de dormir sin conseguirlo.

Al día siguiente se dirigía en busca del bus aerodeslizador que tenía que conducirle a su puesto en la mina cuando un aerodeslizador de vigilancia le cortó el paso y le ordenaron:

—Sube, Raig.

Miró la amplia avenida. ¿De qué le serviría correr, hasta dónde llegaría con sus piernas? Era inútil tratar de escapar.

Optó por encogerse de hombros y subir al aerodeslizador que lo condujo a un centro de vigilancia, un nidal de chims como los llamaban despectivamente.

Escoltado, fue introducido en el despacho del jefe de los chims que no era otro que…

—Hola, Raig, ¿sabes quién soy?

—Cómo no, coronel Alvosot.

—Bien, verás cómo tú y yo nos vamos a entender, siéntate.

Raig obedeció. Parecía indiferente a todo.

—¿Van a encerrarme?

—¿Por qué crees que podemos encerrarte, Raig?

Tomó a encogerse de hombros antes de contestar.

—Cualquiera sabe. Torturáis y matáis por cualquier estupidez.

—¿Eso es lo que se comenta de nosotros?

—Supongo que no servirá de nada que yo lo repita si ya lo sabéis.

—Raig, tú eres un muchacho que no ha provocado demasiados problemas, pero eres el hijo de alguien que fue importante.

—¿Le van a erigir un monumento a mi padre? —inquirió, mordaz.

—No digas estupideces, Raig. Tu padre fue un jefe de los rebeldes que no comprendieron lo que era bueno para nuestro pueblo.

—¿Y por eso lo enviasteis a las estrellas en la jaula de la muerte?

—Nosotros no fuimos. Las órdenes vinieron de arriba.

—Claro, del emperador. Por cierto, ¿dónde está el emperador?

—Ningún ente de Caton puede saberlo. Somos seres inferiores en inteligencia y en sabiduría. No tenemos ningún derecho a hacer preguntas que puedan llegar a ofender al emperador.

Raig replicó:

—El emperador no es nuestro emperador. El no pertenece a nuestra civilización, es de otro planeta, de otro sistema solar. Nos invadió y cortó nuestra evolución natural para convertirnos en esclavos suyos.

—Bah, nosotros teníamos problemas, guerras intestinas.

—Eran propias de nuestra evolución social.

—Tonterías. Ellos nos han enseñado cosas que hubiéramos tardado milenios en aprender. Son muy superiores a nosotros, casi como dioses y debemos obedecerles. No hacerlo es caminar hacia nuestra destrucción. Si el emperador Ronrig se cansa de nosotros puede fundir nuestro planeta y convertirlo en polvo espacial. ¿Crees que merece la pena luchar para que nos destruyan por completo?

—Eso es imposible. Con la obediencia al emperador tendremos paz y bienestar y si él se cansa de nuestra rebeldía, nos destruirá.

—No creo que lo haga. Obtiene demasiados beneficios de nosotros, productos agrícolas, proteínas animales y sobre todo, minerales que les hacen falta.

—Raig, te podría acusar de la muerte de un vigilante.

—¿Ah, sí?

—Sí, sé que tú lo mataste. Luego, huiste y te mezclaste con los demás mineros, así pudiste salir.

—Yo no he matado a nadie, pero si usted lo dice…

—Sí, lo digo, y hablarías en el interrogatorio.

—Dirá la cámara de tortura.

—Da lo mismo, pero hablarías y tu destino, si es que resistías, sería…

—¿La jaula de la muerte?

—Es posible. Claro que también se te podría buscar una muerte peor, algo más degradante para ti y para la imagen que representas como hijo de Nur, el jefecillo de los rebeldes.

—Bueno, si han de matarme háganlo ya. Estoy harto de ser un esclavo más.

—Raig, puedes dejar de ser un esclavo.

—¿Cómo?

—Convirtiéndote en uno de los nuestros.

—Si no estoy mal informado, a los vigilantes se les selecciona por computadora ya cuando son niños. Según responden a los *tests* psicológicos, se les elige para vigilantes o no, es decir, si son capaces de golpear a un hermano ya tienen muchos puntos ganados para ser un chim.

—No quiero oír más esa palabra —silabeó.

—Pues todos los llaman así.

—Llamar así a un vigilante es motivo de castigo y severo.

—De acuerdo, de acuerdo, pero son demasiado parecidos a los

chimperros.

Los chimperros eran unos animales oriundos del planeta Caton que, morfológicamente, eran mitad chimpancés, mitad perros.

Caminaban sobre dos patas o sobre las cuatro, indistintamente. Eran rinocéfalos de grandes colmillos, muy peligrosos pero a la vez de una gran fidelidad a sus amos.

Su inteligencia, comparada con el cien por cien de los humanos, era equivalente a un treinta o cuarenta por ciento. Por eso, despreciativamente, a los vigilantes se les llamaba chim, era la concreción de chimperros.

—Parece ser que he ganado méritos para ser castigado.

—Sí, pero puedes ser un tipo de suerte si aceptas mi proposición.

—No voy a convertirme en un chim.

—¡No repitas más esa palabra! —bramó ya furioso, asestando un puñetazo sobre la mesa—. Raig, tú puedes tener un futuro espléndido si te unes a la causa y luchas con ella.

—No me diga que me está aconsejando que me una a la causa…

—Exactamente.

Raig frunció el ceño antes de preguntar, mascando las palabras:

—¿Trata de convertirme en un infiltrado?

—Sólo tendrías que pasarme cautelosamente unos informes que no te comprometerían.

—¿Y traicionar así a los que confiaran en mí?

—Bah, son unos estúpidos que luchan en una guerra perdida de antemano.

—Ellos no lo creen así.

—Luchan, sabotean, pero al final todos caerán. No quedará nadie. Su lucha habrá sido estéril y ellos lo saben. Mira, Raig, hay que apartar las utopías de la mente. Tú eres un muchacho inteligente, lo dice la computadora y ella no se equivoca. No cometas ahora ninguna estupidez.

—Bien, ¿y qué ganaría?

Alvosot sonrió.

—Veo que vas comprendiendo. Eso es lo que importa, que hayas comprendido lo que más te interesa. Pasarás a pertenecer a la clase Uno y tendrás la posibilidad de viajar a otros planetas y mejorar en la escala social hasta el punto de que puedes llegar a ser cosmonauta.

Raig parpadeó.

—¿Cosmonauta?

—Sí. Estoy informado del proyecto del emperador. Tiene previsto formar una escuadrilla de cosmonautas con entes de Caton. Claro está que serán elegidos muy pocos y, por supuesto, los mejores, los más aptos y fieles al emperador Ronrig.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que seré uno de los elegidos?

—Yo mismo te incluiré en el ordenador de primera clase. Naturalmente, ellos, me refiero a los altos jefes de la milicia imperial, serán quienes al final hagan la selección. Yo tengo poderes, pero siempre estoy supeditado a mis superiores; no obstante, puedo tranquilizarte respecto a que la superioridad e incluso el mismísimo emperador Ronrig tiene total confianza en mí.

—¿Y si me descubren?

—Te protegeremos, si es que nos avisas antes, porque ya puedes suponer lo que te harán tus hermanos si averiguan cuál es tu misión que deberá ser totalmente secreta.

—Es un riesgo que habré de correr.

—Exactamente, un riesgo.

Raig fue trasladado a la mina por un aerodeslizador de servicio sanitario, dando a entender que el joven había sido conducido a una revisión médica. Comenzaba así el engaño para preparar la infiltración del joven en la causa.

Se enfrentó a Virgili.

Raig sabía que Virgili, aunque nunca se le había podido probar nada, era uno de los miembros de la causa.

—Quiero hablar con el jefe.

—No sé de qué me hablas,….Raig.

—Te he dicho que quiero hablar con el jefe; tengo algo importante que decirle.

—¿De qué se trata?

—Se lo diré a él.

—Sigo sin entender de qué hablas.

—Maté a un chim. Hablé con Sogo antes de que pusiera el explosivo y muriera. Necesito hablar con el jefe de la causa.

—Raig, haces peticiones muy peligrosas.

—Si antes de cinco jornadas no he hablado con el jefe, voy a crear muchos problemas.

—¿Estás amenazando a la causa? —rezongó Virgili, sarcástico.

—La causa ya está perdida.

—Raig, será mejor que no provoques conflictos.

—Virgili, sé que la causa está muriendo, que no se consigue nada, que no hay salida.

—Tus lamentos no servirán de nada, Raig, de nada.

Virgili se fue, dejando a Raig solo. Este se dirigió a un club de ocio donde sólo la bebida y los atractivos sexuales tenían cabida.

Tomó cuatro cócteles imperiales seguidos y después notó que su mente se espesaba.

—¿Qué te sucede, encanto, te encuentras solito?

Había cerrado los ojos, pero abrió uno para mirar a la chica que se sentaba a su lado. Era joven y parecía muy segura de sí. Una mujer hermosa de largos cabellos púrpura claro que brillaban como salpicados de estrellas. Vestía la túnica naranja como estaba obligado, pero la tela ceñía sus formas sensuales que carecían de aristas, unas curvas atractivas y perfumadas que atraían.

—Quieto —pidió ella apartándole la mano que Raig acababa de poner sobre el muslo femenino.

—¿Tienes un inhalador tranquilizante?

—Tengo esto que es mejor.

Se inclinó sobre Raig sin que él lo hubiera pedido y, le besó en los labios, le besó transmitiéndole aliento, vida, sensualidad, de tal forma que Raig estiró su mano para tomar a la muchacha por la cintura.

—Quieto, quieto, vas muy deprisa.

—¿Qué pasa? ¿Es que no quieres nada conmigo? —preguntó, algo aturdido.

De alguna parte de su túnica ella sacó un pequeño inhalador. Oprimió el resorte y lo acercó a la nariz de Raig, que aspiró con fuerza y una oleada de sensaciones tranquilizantes invadió su cuerpo.

—Anda, ven, te llevaré a mi apartamento.

—Eso está bien. ¿Cómo te llamas?

—Fada.

—¿Fada? Magnífico, Fada, claro que te acompaño.

Con la mente espesa, los ojos turbios y andar algo vacilante, salieron del club.

Se dirigieron al estacionamiento y subieron al bus aerodeslizador cuando éste llegó y se detuvo.

—¿Dónde vives, Fada?

—Ya lo verás —contestó la joven, que parecía mucho más entera que él.

Le hizo apearse del bus tras haber rebasado casi una docena de estacionamientos. Caminando, le condujo por entre unas callejas del barrio antiguo de la metrópoli Cero hasta que le hizo entrar por una puerta.

Se encontró en un vestíbulo tan oscuro que Raig, instintivamente, alzó las manos para tantear a su alrededor.

—¿Dónde está la puerta?

De pronto, ante ellos surgió una débil claridad que procedía del fondo de un corredor.

—Camina —le pidió Fada.

—¿Adónde vamos por aquí? —preguntó Raig, que seguía aturdido por las bebidas y la inhalación tranquilizante.

—Camina —pidió Fada de nuevo.

Por una rampa descendente arribó a una escalera también descendente que les llevó a otro corredor.

Raig gruñó:

—Esto parece un laberinto.

—Pronto llegaremos.

Al fin arribaron a una estancia de paredes desnudas. Allí había una mesa, frente a ella una silla y detrás, un hombre sentado, cubierto el rostro con una capucha.

A derecha e izquierda, respectivamente, había otros dos entes con las cabezas tapadas también por capuchas, sólo que estos dos estaban armados.

—Atiza, si son rebeldes, miembros de la causa —se fijó en las armas —. ¿De dónde las habéis sacado? ¿Se las habéis quitado a los milicianos? No sabía que hubieran sido atacados.

El encapuchado que estaba tras la mesa habló con tono tajante.

—Las bajas que sufren los milicianos del imperio de Ronrig no pasan a la información pública porque se quiere dar a entender que nuestra lucha está muerta y eso no es cierto, nuestra lucha subsiste y les crea problemas.

—¿Eres tú el jefe?

—No hagas preguntas y limítate a responder. ¿Qué es lo que querías decirnos?

—Quiero hablar con el jefe, sólo con el jefe y tú no lo eres.

—Habla, Raig, o tendrás que marcharte. Tú no interesas a la causa, eres peligroso.

—Yo te conozco, sí, te conozco. Tú eres Virgili…

Estiró la mano con mucha rapidez, agarrando la capucha por su parte alta y descubrió de un tirón el rostro que se ocultaba debajo.

Los otros dos encapuchados apuntaron a Raig con sus armas.

—¡No disparéis!

—¡Ya sabía yo que eras Virgili y lo que yo quiero es hablar con el jefe, con el jefe! —gritó como si quisiera traspasar con su voz los muros que le rodeaban.

—Está bien, Raig, hablarás con el jefe. Pero quizás te arrepientas de haberlo pedido.

Virgili abandonó la mesa y exigió:

—Seguidme.

Una pared completa se corrió automáticamente dejándoles paso libre.

Avanzaron por un corredor hasta llegar a una sala-distribuidor. Virgili, sin mirar atrás, seguro de ser seguido por toda la comitiva, enfiló por una galería que les internó por un largo corredor.

—¿Qué es este lugar?

Fada respondió:

—Un antiguo alcantarillado en desuso.

—Ah, muy bien. Entonces les hemos quitado el sitio a las ratas. Qué divertido.

Llegaron a una nueva compuerta que se abrió para dejarles paso a una sala débilmente iluminada. Entraron en ella y, de pronto, un foco iluminó a un ser al que Raig reconoció de inmediato.

—¡Mamá!

—Llámame Sideria, Raig. Ahora soy Sideria para todos. Tú ya no eres un niño. Eres un hombre y dentro de la causa, para mí, eres igual que Virgili o Fada.

Más aturdido aún, el joven miró en derredor, buscando una respuesta más clara en el bello rostro de Fada.

—Yo no sabía nada, nada —balbuceó.

—Pues ahora lo sabes. Hubiera preferido que no te acercaras a mí, Raig.

—Sideria, soy tu hijo. ¿Por qué me rechazas a mí y permites que los demás se te acerquen?

—Porque tú eres hijo de Nur y estás vigilado. Ellos esperan que un día u otro, a través de ti, conseguirán llegar a la cabeza de la causa para destruirnos y acabar así con el movimiento de independencia, el movimiento de liberación del pueblo de Caton.

—Tengo que hablarte a solas, Sideria.

—Lo siento, Raig. Si tienes que decirme algo, hazlo delante de los demás. Ellos exponen su vida por la causa, lo mismo que tú ahora. Si tienes que decir algo, dilo delante de todos. Somos hermanos y corremos idénticos riesgos.

—Alvosot, el jefe de los chim, me ha exigido que me infiltre entre vosotros para poder darle información sobre la causa.

Hubo unos movimientos de nerviosismo entre los presentes, en todos menos en Sideria que, con voz pausada pero siempre manteniéndose a distancia, respondió:

—Bien, Raig, puesto que nos lo adviertes quiere decir que no deseas ser un maldito infiltrado, un traidor a tus hermanos que se juegan la vida por la libertad de Caton. Si fueras un traidor, habrías callado, habrías conseguido formar parte de la causa y después nos hubieras traicionado, pero queda patente que ésa no era tu intención.

—Claro que no, Sideria; pero he tenido que hacerle creer a Alvasot que cedía a sus exigencias, pues me amenazaba con represalias.

—Es propio de él.

—Estoy un poco aturdido, Sideria. Quiero que tú me digas lo que debo hacer. Si regreso, me eliminarán. No es que tenga miedo a la muerte, pero morir sin haber colaborado con la causa es absurdo. Si queréis que lleve un potente explosivo a alguna parte, en solitario, lo haré. Podría terminar incluso con la vida de Alvosot.

—No serviría de mucho. Si Alvosot muere, Ronrig pondrá a otro en su lugar. Hemos puesto en marcha el plan Cometa y tú vas a participar en él.

—Sideria —intervino Virgili—, integrar a Raig, un bisoño, en la causa y precisamente en nuestro plan más ambicioso, es un peligro para todos. Raig estará constantemente vigilado y si no informa de sus actividades lo seguirán hasta dar con nosotros.

—Si no estáis conformes con mi decisión, pedid que se reúna la asamblea y que se vote a un nuevo jefe.

Ante aquella disyuntiva, Virgili vaciló. No esperaba una respuesta tan contundente por parte de la jefe de la causa.

—Yo no he pedido eso. Cuando se reúna la asamblea, si quiere

renovar los mandos, que lo haga, pero yo no lo pido. Sólo puntualizo que integrar a Raig en nuestro plan más ambicioso es un riesgo innecesario que no deberíamos afrontar.

—Virgili, tú te encargarás de preparar informes falsos que parecerán verídicos, ya sabes, colocar algunos explosivos en puntos adecuados y que Raig informe de su posición y hora de detonación para que tengan tiempo de quitarlos. Hemos de favorecer la credibilidad de Alvosot. Debe creer que Raig es un traidor infiltrado y mientras, llevaremos adelante el plan Cometa.

—¿Y cuál es el plan Cometa? —quiso saber Raig;

—Lo sabrás en su momento. Virgili se encargará de facilitarte informes arreglados. Tú te esforzarás por evitar ser seguido, no deben descubrir tus pasos. Fada será tu contacto. Ella te dirá en todo momento lo que debes hacer. Te dará detalles de cuál será tu labor y, por muy extraño que te parezca lo que ella te diga, obedécela. A mí no volverás a verme por ahora. La voz de Fada será como la mía propia.

—Sígueme —le pidió Fada.

Raig notó que su mente estaba despejada, pero su cuerpo no tanto. Aún se hallaba bajo los efectos de las bebidas y el tranquilizante.

CAPÍTULO III

Para los miembros de la causa, circular por los colectores de la ciudad vieja era algo habitual que no entrañaba ningún problema.

Siguiendo a Fada, Raig salió a una calle solitaria, una calle cuya identificación ignoraba.

Fada le hizo entrar en una vivienda completamente desconocida para él y se perdieron en un auténtico laberinto de corredores y dependencias.

—¿Qué es este lugar?

Fada no respondió en principio, abrió una puerta y le mostró una litera.

—Aquí podrás dormir.

—¿Y mañana?

—Mañana ya te diré algo más.

—¿Tú vives aquí?

—No, pero a veces sí estoy aquí.

—¿Quién más hay en esta casa?

—En este momento, nadie.

Miró la litera y después la miró a ella. Era una joven segura de sí y a la vez sencilla en sus actitudes. Sus ojos atrajeron los del hombre como si irradiaran magnetismo y él fuera de hierro.

—¿Desde cuándo perteneces a la causa, Fada?

—Eso no importa ahora. Descansa, te hace falta.

—No me trates como a un niño —protestó Raig.

Dicho esto, la cogió casi con violencia por la cintura y la atrajo hacia sí. La estrechó casi con violencia y la besó en la boca. Fada no se resistió.

Jadeante aún, cuando Raig terminó la caricia labial, se encontró con

los ojos de Fada, muy abiertos y fríos, fríos y despreciativos.

—¿Esa es tu forma de demostrar que no eres un niño? ¿Acaso estás frustrado porque la jefe de la causa es una mujer? ¿Es que no puede serlo una mujer en vez de un hombre?

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo piensas y, además, es tu madre. Tú hubieras preferido que fuera un hombre, un hombre al que poderle demostrar tu fuerza, tu temeridad, tu salvajismo atávico.

—Pero ¿qué es esto? ¿Es que acaso me odias?

—No, no te odio, pero mírame como si fuera un compañero y no una mujer.

—Te miro como lo que eres. Si te viera como un compañero es que me habría convertido en homosexual.

—¿Y si yo lo fuera?

—En fin, sería tu problema, pero…

—¿Qué? —preguntó ella, desafiante.

—No lo eres.

—¿Te crees irresistible?

Raig frunció el ceño, estaba seguro de que había errado con Fada. Se encogió de hombros.

—Esto es nuestra guerra de liberación, Raig. No se trata de ser más bonito ni más importante que nadie. Trabajamos en equipo. Tu madre ha demostrado poseer una gran inteligencia para dirigir. Posiblemente aprendió al lado de tu padre y no ha sido elegida por ser la viuda de Nur, no. Lo ha sido porque está en la causa desde hace mucho tiempo y ha demostrado su capacidad. El emperador Ronrig es la cabeza máxima de los alienígenas al que tenemos que vencer.

—¿Crees que podremos?

—Comenzar la lucha sin fe en el futuro es darla por perdida de antemano.

—De acuerdo, seré optimista. Estoy un poco aturdido. Fada, ¿me he comportado como un estúpido?

Ella dulcificó su rostro.

—Dicen que los hombres tardáis un poco más en madurar que las mujeres. Tenemos aproximadamente la misma edad, pero tú eres nuevo en la causa.

—Bien. ¿Por qué no empiezo a trabajar?

—¿En el plan Cometa?

—Sí, claro.

—Sígueme.

En los sótanos de la propia vivienda había un recinto oculto e insonorizado con núcleo energético propio. Cuando hicieron correr la compuerta, un montón de luces de distintos colores llenó los ojos de Raig.

—Hola, muchacho.

—¡Sogo!

Sogo sonrió abiertamente y abrió los brazos para abrazar al joven.

—¿Me creías muerto?

—La verdad, sí.

—Sogo no es ningún estúpido colocando explosivos y si no, que te lo explique Fada.

—Los propios chims creen que Sogo murió en la explosión y el derrumbe de galerías que se produjo en la mina —dijo la muchacha.

—¿Por dónde escapaste? —quiso saber Raig.

—Todo lo planeamos de antemano. Por ahora, los miembros de la causa no vamos al suicidio, muchacho. Antes caíamos más, pero desde que tenemos un jefe con la mente fría, sufrimos menos bajas.

Raig miró intencionadamente a Fada y ésta sonrió levemente.

—Los chims siempre están diciendo que la causa está eliminada, que ya no queda más que algún loco.

—Sí, eso es lo que dicen. Pero saben que no es cierto —replicó Sogo —. Somos más y tenemos menos bajas.

—Y todo esto, ¿qué es?

—El principio del proyecto Cometa —aclaró Fada.

—Pero ¿qué es esto, en realidad? —insistió Raig.

Sogo miró a Fada y le preguntó:

—¿Lo han destinado a esto?

—Sí, destinado al proyecto Cometa.

—Raig, ésta será tu escuela.

—¿Escuela? —preguntó perplejo.

—Sí, aquí aprenderás cosas importantes. Vas a tener que demostrar que se puede confiar en ti, porque hay otros esperando hacer lo mismo. Todo esto que ves lo hemos montado entre varios, pero yo he puesto mucho. Esta cabina llena de pilotos y un ordenador, en realidad es obra mía. Yo seré tu maestro. Tienes que aprender a manejar esta cabina de tal forma que aunque se te saltaran los ojos no perdieras el control de la

misma. Por supuesto habrás de demostrar que tienes una mente más rápida que la propia computadora para poder tomar decisiones en fracciones de segundo. Esto es la cabina de mando de una nave.

Raig preguntó:

—¿De qué nave?

—Ya lo sabrás —contestó Fada—. Sogo será tu maestro.

Raig miró asombrado a su alrededor. Todos aquellos mandos, aquellas luces que se apagaban y encendían como una sinfonía polícroma, aturdían.

—Yo creo que no sabré manejar esto jamás.

—Te equivocas, muchacho. ¿No te enseñó tu madre matemáticas y geometría?

—Sí, pero…

—¿Y codificación?

—Algo.

—La verdad es que los imperiales son unos idiotas. Disponen de una mente despejada y preparada como la de Raig y lo utilizan para la extracción del mineral —comentó Sogo, despectivo.

—Pero ¿qué haremos con esto?

—Ya lo sabrás, muchacho, ya lo sabrás. Va a ser una sorpresa para el emperador Ronrig, si no nos descubren antes, claro.

—No me diréis que esto pertenece a una nave de combate…

—Muchacho, antes de ser invadidos por el imperio Ronrig habíamos conquistado ya el espacio exterior. Habíamos salido de nuestro planeta con cosmonaves fabricadas en nuestras factorías, dominábamos el espacio aéreo con nuestros aviones, pero llegaron ellos y arrasaron todas nuestras naves, las destruyeron, barrieron las memorias de nuestras computadoras y perdimos los logros obtenidos en la tecnología de la cosmonavegación. Llevaron a todos nuestros científicos a las minas del océano y allí fueron muriendo a causa de los trabajos forzados y la pésima alimentación. No quedó nadie; ellos, en su invasión, lo habían previsto todo.

—Pero esto es falso —observó Raig.

—Es un montaje piloto, Raig. La causa encontró planos.

—¿Planos de las cosmonaves que poseíamos?

—No, de ésas no. Las factorías, con sus planos fueron arrasadas por las fuerzas invasoras; pero sí encontramos planos de una cosmonave miliciana espacial de las fuerzas de Caton que estaba en fase de

experimentación.

—¿Experimentación? Eso quiere decir que existe ya algún prototipo.

—No, muchacho; sólo existen planos y es lo único que tenemos.

—Entonces, no es seguro que pueda funcionar.

—Así es, Raig, no es seguro y tampoco lo es que se pueda construir.

—Todos nos arriesgamos aquí, Raig —le dijo Fada.

—Sí, claro, ya lo sé; pero esto es una sorpresa para mí. ¿De veras están construyendo el prototipo?

—Nosotros no sabemos nada, muchacho —le dijo Sogo—. La mejor forma de sobrevivir con el acoso criminal a que nos tienen sometidos los invasores del imperio es que no nos contemos mutuamente los trabajos, las misiones que llevamos a cabo. Tu mano derecha no debe saber lo que hace tu izquierda. Haz tu trabajo y no preguntes lo que hacen los demás. De este modo, si te capturan y te someten a tortura, si extraen la memoria de tu cerebro, no delatarás a tus hermanos de lucha. A nosotros se nos ha encargado que seamos expertos en manejar esta cabina y ésa será nuestra misión.

—¿Cada cuándo vendré aquí a hacer prácticas?

—Fada te informará; ella es el contacto. En cuanto a mí —prosiguió Sogo—, ya no puedo salir. Si me identificaran, estaría perdido. Para el ordenador, central del imperio, estoy muerto.

—¿No vas a salir de aquí? —se asombró Raig.

—Prácticamente, no; pero no me importa. Me siento a gusto con esto. Ha sido una labor difícil de todos los que han ayudado a reunir tanto material. Se han recuperado objetos que se creían perdidos, se ha rebuscado en viejos almacenes de desguace, se ha robado en los centros de los chim y de los propios milicianos pese a la fuerte vigilancia, pero aún faltan algunas cosillas que sin duda conseguiremos.

Raig quedó sorprendido; después, miró la butaca colocada frente a los mandos.

—Anda, siéntate y fíjate en esa pantalla que tienes delante —le pidió Sogo.

Raig obedeció. Miró la pantalla y, de pronto, apareció en ella un punto luminoso.

—¿Qué es?

Sogo se echó a reír.

—Es una cosmonave miliciana del imperio. Ahora, mueve el mando circular que tienes a tu derecha.

—¿El rojo?

—Sí.

En pantalla apareció una circunferencia roja que se movía de un lado a otro, como enloquecida.

—¡Sujétala!

Movió varios mandos hasta que logró hacerse con el control de la circunferencia roja.

—Ya está.

—Ahora, tapa con la circunferencia roja el punto luminoso, cuanto más centrado mejor.

—Ya, ya lo tengo.

—Pues ahora tendrías que pulsar ese otro botón rojo que está encima del mando.

—¿Y qué significa?

—¡Fuego!

Sogo, de carácter jovial y animoso, soltó una carcajada.

—¿Tocado? —preguntó.

—Sí, tocado, pero de mentirijillas. Además, todo lo que has hecho tendrías que lograrlo en medio segundo o esa cosmonave miliciana ya te habría destruido a ti. Esto no es un juego de niños, Raig. Aquí vas a pasar horas y horas. Vas a sudar esa butaca y habrá momentos en que creerás enloquecer y puede que todo no sirva para nada.

—¿Por qué para nada?

—Nadie está seguro de que el prototipo pueda ser construido y muchísimo menos que llegue a funcionar.

CAPÍTULO IV

Raig fue invitado a subir al aerodeslizador patrullero de los milicianos imperiales. Dentro del mismo, además de cuatro milicianos armados como era habitual en ellos, viajaban dos chims que vigilaban atentamente al joven.

El patrullero se detuvo a cierta distancia de un edificio en el centro de la ciudad, un edificio cilíndrico herméticamente cerrado. Era un centro de control automático de telecomunicaciones.

—¿Es ahí? —preguntó el jefe de la patrulla imperial miliciana.

—Sí.

—Ve y desconéctalo.

—No —replicó Raig sin rabia, sin nerviosismo, con tranquilidad.

—Tú sabes dónde está, ¿verdad?

—Sí, ya lo he dicho.

—Pues ve y desconecta el explosivo.

—No.

—¿Por qué?

—No lo he instalado yo. Si me acerco, es posible que vuele.

—De todos modos, vas a ir a desconectarlo —gruñó con su tono grave el jefe de los «alien» imperialistas.

—No.

El jefe apuntó al rostro de Raig con su pistola polivalente.

—Si no obedeces, reduzco tu cabeza a cenizas.

—No creo que al coronel Alvasot le vaya a gustar que me extermines.

—El coronel Alvasot está a nuestras órdenes —gruñó de nuevo el miliciano, que no pertenecía a la etnia del planeta Caton.

Si se despojara del traje y del yelmo con que se protegía, hubiera

quedado evidente que no era exactamente igual que un ente de Caton.

La tonalidad de su piel era azulada, los ojos muy redondos, la boca muy pequeña. Hasta tal punto eran distintos que incluso se diferenciaban en la estructura celular. Ambas etnias no podían mezclarse para formar nuevos seres, ni siquiera podían nacer híbridos.

—Sí, vosotros sois los amos, es cierto; pero el coronel Alvasot goza de toda la confianza del emperador Ronrig.

—Di de su majestad el emperador Ronrig —le corrigió el jefe miliciano.

—De Ronrig —repitió Raig, apeando el tratamiento.

—Estás muy seguro de ti.

—No hace falta que te pongas nervioso. Mis informes indican que la carga explosiva es mínima, sólo se trata de llamar la atención. Digamos que es un petardo para que nadie olvide que la causa existe.

—Está bien. Enviaremos un teledetonante.

Del propio aerodeslizador salió una especie de caja volante teledirigida y que llevaba una telecámara incorporada. La guiaron hasta encontrar el paquete, burdamente envuelto, que debía contener el explosivo colocado por los rebeldes.

Aquella caja teledirigida tenía la misión de impedir que la onda expansiva del supuesto explosivo se esparciera, provocando daños de importancia.

—Bueno, vamos a liquidar este asunto —gruñó el miliciano imperial.

Pulsó el botón que por control remoto tenía que detonar el explosivo y ocurrió lo que en el fondo temían.

Raig tuvo que volver el rostro.

Se produjo una gran bola ígnea de un blanco irresistible para los ojos. La onda térmica les envolvió, elevando bruscamente la temperatura dentro del aerodeslizador, de tal forma que corrieron el peligro no sólo de asarse allí, sino de que el propio vehículo estallase.

Por un instante, Raig tuvo la impresión de que se quemaba vivo. Casi al mismo tiempo, la onda expansiva sacudió al vehículo, de tal forma que lo lanzó por el aire haciéndole dar dos vueltas sobre sí mientras la torre de control automático de telecomunicaciones crujía por su base y se venía abajo en medio de un fragor sólo comparable al de un seísmo en su epicentro.

Un tanto aturdido, Raig se recuperó.

Se había golpeado contra las ventanillas y asientos del vehículo,

produciéndose heridas leves y moraduras. Al ver el montón de ruinas en que acababa de quedar convertida la sólida torre, se quedó casi perplejo.

Le sacó de su abstracción el arma de uno de los milicianos apuntándole a la cabeza.

—Conque era un explosivo pequeño, ¿eh?

—Esos eran mis informes —respondió Raig en voz baja.

—Han volado la torre del centro automático de telecomunicaciones. Esto lo pagarán muy caro los rebeldes —barbotó el jefe de la patrulla.

El conductor del aerodeslizador gruñó:

—Ahora veremos si este vehículo se pone en marcha.

El vehículo, que evidentemente había sufrido la ola de calor destructivo, la onda expansiva y el bombardeo de los cascotes del edificio destruido, tuvo dificultades en ponerse en marcha, pero al fin comenzó a avanzar aunque sin elevarse más de un palmo del suelo.

—Más velocidad —exigió el jefe de patrulla.

—Tenemos fuga de energía.

El vehículo avanzó a una velocidad inferior a la usual. Era evidente que estaba tocado. Raig se dijo que iba a pasarlo muy mal.

Le condujeron al centro de vigilancia. El coronel Alvasot le recibió agrio y ceñudo. Había sido informado ya detalladamente de lo ocurrido.

—¿Qué tienes que decir, Raig?

—Que ya les informé de la colocación del explosivo y que han sido los alienígenas quienes lo han hecho estallar.

—Di los milicianos de su majestad imperial.

—Lo que sea. Yo les dije dónde estaba.

—Pero el explosivo era de poder medio, suficiente para derribar un par de edificios torres.

—Yo ignoraba ese punto. Ya les he advertido que yo no lo había colocado.

—No me gusta tu comportamiento, Raig.

—Y a mí tampoco. Sólo hago que proporciono datos y a cambio, ¿qué he recibido? Nada, nada. Sólo sé que soy un traidor a la causa.

—Lo dices como lamentándote.

—Algo de eso hay.

—Esta última explosión parece una burla.

—¿Una burla?

—Sí, una burla. Ha sido un golpe espectacular en el centro de la

ciudad. Han colapsado las telecomunicaciones.

—Yo he dado la alerta de otras colocaciones de explosivos.

—Sí, pero no has delatado a nadie. Por tus informaciones no hemos podido capturar ni a uno solo de los rebeldes.

—No ha habido posibilidad. Van encapuchados, se introducen por muchos laberintos. La ciudad es más misteriosa de lo que yo creía —se excusó Raig.

—Tendríamos que arrasar toda la ciudad —masculló el coronel Alvosot—. Tendríamos que levantar nuevos apartamentos y no dejar nada, absolutamente nada, de la ciudad antigua.

—Los apartamentos parecen celdas, cárceles.

—Raig, todos los anteriores avisos han sido de explosivos sin importancia, simples petardos para hacer ruido.

—Ellos no confían en mí completamente todavía.

—¡Mientes!

Raig se encogió de hombros.

—Esta vez me has avisado de algo gordo, pero no lo hemos podido evitar.

—Yo mismo he corrido peligro de morir en el aerodeslizador.

—Raig, tú has pensado que puedes burlarte de mí y te equivocas. He vivido mucho más tiempo que tú y soy más inteligente. No vas a engañarme. Tú eres un miembro de la causa.

—Claro que lo soy, usted me exigió que lo fuera.

—Naturalmente, pero tu misión era minar la causa.

—Para eso es necesario más tiempo. Desde que metí la cabeza en la causa sólo ha pasado un periplo solar.

—Un periplo solar es mucho tiempo, casi quinientas jornadas, y los resultados han sido demasiado pobres. Mientras tanto, la causa ha aumentado sus sabotajes. Tememos incluso que los militantes hayan aumentado y tú tienes que saber mucho de todo esto.

—No sé nada. Sólo soy un simple miembro de la causa.

—No te hagas el tonto, Raig. En dos ocasiones que nos has advertido de sabotajes, mientras nuestros hombres los evitaban, en otros puntos de Caton se producían sabotajes más serios e importantes.

—Quizá dentro de pocas jornadas pueda avisarles de algo importante. Si los milicianos hubieran obrado con cautela, el explosivo de la torre de telecomunicaciones automáticas no habría estallado. En cambio, usted trata de hacerme responsable a mí de su fracaso.

—Raig, sé que eres un traidor, pero no a la causa, sino a mí, a tu pueblo.

—Usted no es mi pueblo.

—Ajá, es lo que esperaba oír —Comenzó a hablar despacio, en tono claramente amenazador—. Vas a decirme quién es el jefe de la causa.

—No lo sé —tuvo que mentir Raig.

—Tú sabes quién es.

—Si usted lo cree —volvió a encogerse de hombros.

—Mis hombres te han estado siguiendo.

—Lo supongo. Usted no se fía ni de su sombra.

—Tengo noticias de que tenéis un proyecto en marcha.

—¿Ah, sí? ¿Y qué proyecto es? —preguntó casi sarcástico.

—El proyecto Cometa.

Raig no estaba preparado para aquel golpe inesperado y tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse, pero una cierta lividez en su rostro fue detectada por Alvosot.

—¿Cómo ha dicho?

—No te hagas el imbécil, Raig.

—No sé de qué va.

—Mientes, Raig, mientes. Tú sabes en qué consiste el proyecto Cometa y vas a contármelo todo. Ya sabes demasiadas cosas que no quieres decir y ése no fue el acuerdo que tomamos.

—He cumplido.

—Delatando minucias, nada más. Cuando creíamos que íbamos a anular una minucia más, resulta un explosivo poderoso que derriba una torre de cien metros de altura colapsando las telecomunicaciones. ¡Agentes!

Dos chims cruzaron la puerta, colocándose a derecha e izquierda del joven.

—¿Voy a mi trabajo? —preguntó Raig sin demostrar miedo.

—No.

—¿Arrestado?

—Habla y todo irá bien. Quiero saber quién es el jefe y los distintos cabecillas del movimiento. Quiero saber dónde se reúnen y cuál es el proyecto Cometa.

—Intentaré averiguarlo.

—¿Me crees tan estúpido? Escaparías. No, no te voy a dejar escapar. Lo que yo quiero saber, tú ya lo conoces.

—No voy a poder decir nada.

—Ya lo veremos, Raig, ya lo veremos. Lo que sí puedo decirte es que mi paciencia se ha agotado. Me exigen resultados y tengo que darlos. Ya no puedo esperar más tiempo. Si cedes, saldrás bien de este problema; si no lo haces, te presionaré y tengo muchos medios.

Raig se encogió una vez más de hombros y abandonó el despacho del coronel Alvosot escoltado por dos chims.

Salieron al corredor y avanzaron por él. Raig vio a distancia la puerta que daba al exterior y, sin pensarlo dos veces, golpeó con ambos codos a la vez los rostros de los chims, que se vieron sorprendidos por los contundentes golpes.

El prisionero intentó escapar, ya lejos del alcance de las porras eléctricas.

Llegó hasta la puerta, pero un miliciano le disparó por la espalda con su arma polivalente mientras los chims se reponían gritando.

Brotaron unos rayos envolventes como tela de araña. Fue como si recibiera millares de dolorosas picaduras de temibles insectos. Sus rodillas se negaron a sostenerle y se desplomó mientras la puerta de cristal se abría automáticamente ante él sin que pudiera salir.

CAPÍTULO V

Cuando Raig despertó, yacía sobre una plancha de rutilante acero. Muñecas, tobillos, cintura y cuello se hallaban sujetos por abrazaderas de gran resistencia.

Sobre su cráneo habían colocado un casco del que salían una docena de cables que iban a una computadora frente a la cual estaban unos técnicos milicianos imperiales.

Escuchó pasos que se le acercaban. No tardó en ver frente a él, pues la plancha le colocó en posición vertical haciendo con ello que las abrazaderas metálicas le produjeran dolor, al coronel Alvosot y a dos jefes de la milicia imperial que se encararon con él.

—Ha llegado tu momento, Raig. Te conviene hablar.

—No sé nada —replicó el joven. Sentía un profundo malestar, secuela del disparo paralizante que había recibido.

—¡Mientes!

—Máteme si eso le place.

—No, Raig. Eso es lo que tú quisieras, que te elimináramos y así habrías acabado de sufrir y no delatarías a tus compañeros. Al principio pensé que podías llegar a colaborar.

—Lo he hecho.

—No, no lo has hecho. Te diré la verdad, Raig. Dudaba de que me dijeras algo, pero siguiéndote a ti confiaba llegar a los escondrijos de la causa.

—¿Y no los encontró?

—Has sido muy listo burlándote de los que te seguían.

—No me diga que no lograron seguirme…

—Tomaste demasiadas precauciones. Lo hiciste muy bien para zafarte de quienes te seguían. Eso me dio a entender que te habías

convertido en un traidor.

—Qué curioso, coronel. Yo creía que el traidor al pueblo de Caton era usted.

Aquel sarcasmo le costó una dura y humillante bofetada que le propinó el coronel Alvosot.

Por primera vez apareció en los ojos del joven el odio mezclado con el desprecio.

—No me sacará nada.

—Eso ya lo veremos. ¡Conectad!

Los milicianos no decían nada, se limitaban a observar. El interrogatorio había comenzado ya.

El propio coronel Alvosot mostró un manipulador por control remoto provisto de un pequeño teclado, que cabía en la palma de su mano. Debía saber manejar muy bien aquel sofisticado engendro de tortura, pues tecleó sin vacilaciones.

Raig jamás había sentido un dolor semejante en su cráneo. Al mismo tiempo, comenzó a notar fuertes temblores en su abdomen.

Apretó los labios. No quería gritar cuando su cerebro era atacado tan miserable y criminalmente por el coronel Alvosot que obedecía a su amo el emperador Ronrig.

El dolor cesó bruscamente, pero su cerebro quedó afectado por el terrible dolor.

—Bien, Raig, ¿te decides a hablar? Esto es sólo el principio, hasta convertirte en un vegetal, porque no voy a matarte. Si mueres, será junto con otros y dentro de la jaula de la muerte, antes no. Puede que te pases uno, dos o cinco períodos de periplos solares. Es un tiempo muy largo. Si hablas, vivirás y te prometo que bien. De momento, podrías ir al jardín del ocio y allí encontrarías a muchachas que te servirían en todo lo que pidieras.

—¡Traidor!

Ante respuesta tan contundente como feroz, el coronel Alvosot tecleó de nuevo.

El dolor volvió a atacar el cerebro de Raig, un cerebro que semejaba querer saltar del interior del cráneo. Todo su cuerpo comenzó a temblar, a sudar.

La sangre asomó a sus labios como si las venas estallaran dentro del cuerpo.

Raig tenía la impresión de que iba camino de la muerte, debatiéndose en una agonía pavorosa que le castigaba con dolores

horrorosos.

De pronto, el dolor cesó y la cabeza de Raig, incapaz de soportar más, agotada, cayó de lado, pero no había perdido el sentido.

—Esto es sólo el principio, Raig. Te vamos a dejar descansar un poco para que te repongas y después comenzaremos de nuevo, ya con más meticulosidad. Te conviene reflexionar. Ahora ya no puedes escapar, tampoco morir.

El sofisticado castigo de la técnica electrónica le sumió en la inconsciencia y cuando recuperó el sentido, no estaba en la cámara de tortura, sino tendido en una litera.

Un ancho cinturón se cerraba a su espalda y de él salían dos anillas de acero que encerraban sus muñecas, de tal modo que sus manos quedaban completamente apresadas.

Ni siquiera podían llegarse a tocar la una con la otra y al mover la cabeza, notó que alrededor del cuello tenía un ancho collar metálico. Había oído hablar de él en la causa; era un collar de esclavo que no le permitía alejarse sin ser controlado.

La cabeza le dolía terriblemente. Tenía una desagradable resaca; eran los residuos de la tortura recibida.

Hubiera querido sujetarse la cabeza con las manos y oprimírsela, pero ni eso podía. Sus manos estaban sujetas en el ancho cinturón, apresadas en las manecillas metálicas.

Se preguntó qué iba a ser de él y no halló respuesta a tal incógnita.

No pasó mucho tiempo antes de que cuatro chims, armados con sus correspondientes porras electromagnéticas, fueran a buscarle.

Por un ascensor le descendieron al subsuelo, no supo a qué profundidad, pero dedujo que debía ser mucha.

Llegaron a una sala bien iluminada donde había varios aerodeslizadores de conducción automática. Le subieron a uno de ellos y el vehículo se alejó de la sala a gran velocidad, introduciéndose por una galería.

Era como si estuvieran viajando hacia el centro del planeta.

Raig desconocía la existencia de aquellos túneles, horadados en el subsuelo de su planeta, de su amado Caton; sin embargo, pertenecían a los invasores. Aquel túnel era largo. A Raig le pareció interminable. Pero al fin se hizo ascendente y salieron al exterior.

—¿Dónde estamos?

—No hagas preguntas —replicaron sus vigilantes.

Alargó su mirada y descubrió las aguas oceánicas rompiendo contra

los acantilados.

De inmediato descubrió varias cosmonaves estacionadas en una inmensa plataforma pétrea.

Raig fue conducido a una de las cosmonaves y obligado a entrar en ella. Le encerraron en una cabina y la cosmonave, de pequeño tamaño, despegó.

Como la cabina tenía una pequeña ventana desde la cual podía mirar, al elevarse pudo ver que el astropuerto se hallaba instalado en una isla. Las aguas oceánicas la rodeaban completamente y el continente quedaba lejos.

Notó la fuerza de la gravedad y se tumbó en la litera que tenía cerca.

El cielo dejó de ser azul morado, ahora era negro intenso, repleto de diminutas y brillantes estrellas.

Desde la ventana no podía ver su planeta, pero sí una gigantesca cosmonave de color negro intenso que no reflectaba la luz, lo que la convertía en invisible desde la superficie del planeta Caton.

La cosmonave en la que fuera arrancado del planeta resultaba minúscula al lado de aquella otra. Podía decirse que era insignificante, tan insignificante que fue engullida por la gigantesca.

Se introdujeron por una gran compuerta que luego se cerró. Aguardaron a la presurización del hangar y Raig se quedó esperando. Había oído contar cosas sobre las enormes cosmonaves de los invasores, del mismísimo emperador Ronrig, pero nadie sabía nada en concreto, era como hablar de leyendas.

Pasó el tiempo y tuvo la impresión de que le habían olvidado; mas no era así, porque al fin se abrió la puerta de su celda. Lo que fuera, iba a ocurrir.

CAPÍTULO VI

Allí ya no había chims. Todos eran milicianos del ejército espacial del imperio de Ronrig, debidamente uniformados y protegidos y ocultos dentro de sus yelmos, armados y dispuestos a cumplir las órdenes recibidas.

De momento no estaba destinado a la jaula espacial, a la jaula de la muerte, puesto que ya estaba en el espacio. Era como si hubieran cortado el cordón umbilical que le unía a su planeta.

Le condujeron a una salita de paredes que eran espejos no más anchos de dos palmos y pegados unos a otros, por lo que su imagen se multiplicaba.

La luz brotaba de todo el techo. Era una luz fría que helaba y el suelo era iridiscente. Tenía la impresión de hallarse en un mundo fantástico, en algo parecido a una pesadilla.

Al poco penetró en la sala un hombre al que ya conocía bien. No era otro que el coronel Alvosot; pero ahora vestía uniforme de gala con un yelmo de gran vistosidad y brillantez y protector de rostros retráctil.

—Hola, Raig; como verás no me he olvidado de ti.

—Creí que no se movía del planeta Caton.

—Pronto seré el virrey del planeta Caton.

—¿Y a cuántos hermanos más tendrá que asesinar para que el invasor Ronrig le dé semejante cargo?

—Tu mordacidad no me afecta, Raig. Ahora, no perdamos más tiempo. Tu situación es más difícil que nunca.

—¿Ah, sí? —preguntó, tratando de mostrarse indiferente.

—Raig, tienes tu oportunidad de hablar; de lo contrario…

—¿Qué?

—Serás introducido en una burbuja de plástico y lanzado al vacío.

Cuando se termine el aire morirás asfixiado al tiempo que de frío o abrasado según indican en ti las radiaciones cósmicas. Lo que es seguro es que vivirás muy poco tiempo.

—Pues máteme de una vez; así me ahorraré ver de nuevo su cara de traidor.

—Sabía que acabarías admitiendo tu militancia en la causa.

—Claro que sí. Usted me exigió entrar en ella.

El coronel Alvosot abrió el canal de telecomunicación que tenía en su muñeca y habló por él.

—Aquí el coronel Alvosot. Traigan a la prisionera.

Raig tensó sus músculos y sus nervios. Todo él quedó rígido. Lo que acababa de oír no auguraba nada bueno. Su muerte carecía de importancia en aquellos momentos.

Aparecieron unos milicianos armados llevando a la prisionera.

—¡Fada!

La muchacha estaba allí, escoltada, vistiendo su túnica corta color naranja. Tenía el collar esclavizante, pero no llevaba cinturón que le sujetara las manos.

—¡Raig!

—No negaréis que os conocéis y perfectamente. Os han estado siguiendo. Fada estaba contigo en las ocasiones que conseguías burlar a quienes te vigilaban.

—Ella no es de la causa.

—Mientes.

—Déjalo, Raig. Sabe que pertenezco a la causa, pero no ha logrado hacerme hablar. No lo conseguirá aunque me torture hasta la muerte. El coronel sabe que no se puede extraer la memoria de nuestras mentes.

—Muchos han hablado —silabeó el coronel Alvosot en tono de advertencia.

—Eso lo dice para asustarnos, pero es posible que esos algunos hayan sido tan pocos que no merece la pena contarlos —replicó Fada.

—Os podemos pasar grabaciones de los que han hablado, de los que han suplicado ser escuchados. Sí, será lo mejor, pero lo haremos en otro momento. Además, es posible que Raig desee hablar cuando vea lo que te sucede a ti, Fada.

Los ojos de Raig chispearon de rabia. Cerró los puños y tensó el cinturón como si quisiera hacerlo saltar, pero las anillas que lo sujetaban aguantaron.

Fada se encaró con el joven para pedirle:

—Aunque me torturen, aunque veas que electrifican mi cerebro, aunque veas que cortan mis manos empezando por los dedos, aunque veas que me saltan los ojos, te exijo que seas valiente y no les digas nada. La causa está por encima de lo que nos pueda ocurrir a ti y a mí.

—Muy bien, ha hablado la heroína —comentó Alvosot con sarcasmo —. No te servirá de nada, hablaréis.

—Reventaré de rabia, lloraré de dolor, pero te prometo que no hablaré, Fada.

—Sólo falta que os casemos ahora… Sois un par de jóvenes estúpidos. La causa está perdida. Vosotros podéis sobreviviría. No tenéis necesidad de morir y mucho menos de ser torturados.

Fada se adelantó hasta Raig, se alzó de puntillas y lo besó suavemente en los labios. Le cogió de una mano y después se encaró con el coronel Alvosot para decirle:

—Usted es un traidor. Colabora con los invasores para esclavizar al pueblo de Caton. Mátenos, puede hacerlo; pero algún día el pueblo de Caton se quitará de encima el yugo de los invasores.

—Si no me mata, coronel, algún día terminaré por… —silabeó Raig.

—¿Matarme? —preguntó desafiante y burlón al mismo tiempo—. Estúpidos, estúpidos, si no fuera porque… En fin, habrá tiempo para doblegar vuestro orgullo, vuestra estupidez. Sí, os doblegaré, pero antes tenéis que seguirme.

El coronel Alvosot echó a andar sin preocuparse de quienes le seguían. Los milicianos armados obligaron a la joven pareja a seguir al traidor que con tal de ostentar cargos era capaz de esclavizar y asesinar a sus hermanos.

Avanzaron por corredores de paredes metálicas y brillantes hasta quedar frente a una doble puerta reforzada que se abrió ante ellos.

El coronel Alvosot se adentró en una sala de blancas y frías paredes en las que colgaban enormes panoplias que sujetaban las más extrañas armas forjadas en los más duros metales hallados en los planetas de la galaxia. Todas ellas de una fabulosa riqueza en sus empuñaduras, metales preciosos cuajados de rutilantes gemas rojas, azules, blancas. Algunas piedras lanzaban tales destellos que casi cegaban.

Habla una escalinata forrada con pieles de los caudillos de las etnias invadidas y derrotadas por las milicias imperiales. Eran pieles de seres inteligentes, arrancadas de cuerpos que habían defendido sus respectivas civilizaciones, pieles curtidas y cosidas unas con otras para

que las pisara el gran emperador Ronrig que se hallaba sentado en un trono de oro macizo con incrustaciones de marfiles de los más extraños animales capturados en distintos planetas.

Sobre el respaldo del trono, en torno a la gran corona, aparecía la leyenda: «EMPERADOR DE TODA LA GALAXIA».

Ronrig, visto personalmente, era algo más viejo que en las imágenes proyectadas en el espacio.

Vestía recargadamente. La ostentación era para él algo esencial. Los ojos redondos de Ronrig se fijaron primero en el coronel Alvosot y luego en los dos jóvenes.

—Majestad imperial, me postro ante vos y ante vuestra sabiduría —dijo a modo de saludo el coronel Alvosot, arrodillándose.

—Muy bien, mi fiel coronel, pero, y ellos, ¿por qué no se humillan ante mí?

Los milicianos armados, que también se habían arrodillado, se alzaron y con sus armas golpearon a los jóvenes, y hubieron de hacerlo con fuerza hasta conseguir derribarlos a ambos.

Raig se medio incorporó. Vio a Fada caída por los golpes y encarándose con el mismísimo emperador Ronrig, masculló:

—Nos habéis derribado, pero no humillado. No nos arrodillaremos ante el invasor. ¡El pueblo de Caton será libre!

El emperador, lejos de enfurecerse, se rio ligeramente. Su seguridad era aplastante.

Su gigantesca cosmonave estaba armada con potentísimo armamento y por si fuera poco, poseía una flota de cosmonaves de combate ligeras que giraban constantemente en torno a la cosmonave nodriza como si fueran diminutos asteroides atrapados por la gravedad de un planeta.

Periódicamente, la cosmonave nodriza las recibía en sus entrañas para que descansaran o fueran reparadas.

—Sois estúpidamente ridículos —comenzó a hablar pausadamente con su voz ronca el propio emperador Ronrig mientras el coronel Alvosot permanecía tenso. Temía que el comportamiento de la joven pareja irritara al emperador y él saliera perjudicado—. La guerrilla rebelde del planeta Caton será aplastada en su totalidad hasta el último ente y a partir de ahí, todo el pueblo de Caton vivirá en paz.

—¿En paz? —replicó Raig sarcástico. ¿Llama paz a la esclavitud impuesta por los invasores?

—Sois seres primitivos, poco evolucionados. A lo largo de la historia

de todas las civilizaciones planetarias, los seres inferiores han sido sometidos a esclavitud por los entes superiores; eso es normal.

—Ningún pueblo queda sometido siempre —puntualizó Fada sentada en el suelo, negándose a permanecer de rodillas ante el emperador de los invasores.

—Puede ser, puede ser —admitió el emperador Ronrig—, pero a los pueblos sometidos se les utiliza hasta el agotamiento y luego —volvió a sonreír— si no son sumisos y se someten voluntariamente a su situación, se prescinde de ellos. Hay muchas formas de hacerlo.

—¡Eso es un genocidio! —acusó Raig.

—Puede. Si quisiera podría convertir en polvo cósmico vuestro planeta. De este modo habría terminado vuestra civilización y Caton, por supuesto. Su historia desaparecería en el cosmos infinito, ni el recuerdo quedaría de vosotros. Os borraríamos de los ordenadores, aunque, de momento, tengo otros planes más fructíferos para mi imperio, claro.

Raig preguntó:

—¿Cuáles son esos planes?

—Te los puedo decir; nada podríais hacer para impedirlos.

—Serán eliminados, majestad imperial, eliminados —insistió el coronel Alvosot.

El emperador Ronrig no hizo caso de las palabras del gran traidor a su pueblo y continuó:

—Existe una etnia planetaria nacida en un sistema estelar no muy lejano de vuestra estrella-sol. Esa etnia está menos evolucionada que vosotros y su coeficiente de inteligencia es también inferior. Poseen una interesante agresividad que se convierte en feroz ante los seres que les son extraños, pero son sumisos con sus superiores, fieles hasta la muerte y singularmente laboriosos. Esta etnia se ha sometido a mi poder, a mi imperio, porque saben que somos superiores. Trabajan como las hormigas que existen en todos los planetas, hormigas sin rebeldías. Pues bien, esos entes del planeta Gherma podrían ser traídos aquí para que se fueran mezclando con vosotros. Mis científicos han podido comprobar en el laboratorio que es posible la procreación y reproducción entre vosotros, los entes de Caton, y los entes del planeta Gherma. Serían trasladados hasta vuestro planeta en sucesivas oleadas para ocupar los puestos de trabajo y sólo vendrían individuos del sexo macho que terminarían por engendrar en vuestras mujeres. Se crearía una nueva raza y vuestra rebeldía quedaría aplastada, desapareceríais como

civilización. Este sistema de mezclar las etnias se ha probado en otros planetas invadidos y funciona muy bien porque desvanece las raíces, rompe la unión de grupo y ayuda a someter mejor.

—Eso es crear híbridos biológicos, híbridos mentales —acusó Fada.

Ronrig admitió:

—Puede ser.

—¡No lo conseguiréis!

—¡Caton no desaparecerá, no desaparecerá! —gritó Fada.

—Majestad imperial, son dos activistas rebeldes y yo les haré confesar todo lo que saben.

—No tenga prisa, coronel, no tenga prisa. La causa que tanto le preocupa es una rebeldía insignificante… Llevadlos a mi zoo particular; se trata de una pareja interesante. Si ha de desaparecer toda su etnia, deseo conservar algunos especímenes con capacidad para reproducirse; sí, será interesante. Llevadlos a mi zoo de etnias inferiores. De cuando en cuando me gusta poder contemplar a los especímenes de las civilizaciones sometidas; eso me permite pensar más en mi grandeza.

—¡No nos aniquilarán! —le gritó Raig mientras se lo llevaban a él y a Fada.

El coronel, preocupado, les siguió. Sus órdenes siempre quedaban supeditadas a las que pudieran dar los alienígenas.

La pareja fue introducida en un elevador descendente que les condujo a un estrecho corredor en el que había varias puertas de acero que semejaban celdas.

Abrieron una de ellas, que tenía unos signos indescifrables para los entes de Caton.

Les empujaron al interior y luego, cerraron la puerta.

Raig y Fada quedaron encerrados en una amplia celda con paredes de cristal salvo la que tenía la puerta.

Con curiosidad, se adentraron hasta la pared frontal que daba a un pasillo amplio. Al otro lado del mismo había más jaulas de cristal transparentes y también las había a derecha e izquierda.

Fada y Raig intercambiaron miradas cuando, de pronto, en la jaula que tenían a su derecha mirando hacia la pared frontal, saltó un ser que asustó a Fada, que ahogó un grito de terror, pero aquella criatura desconocida no pudo traspasar el cristal que les separaba.

Raig quiso abrazarla y no pudo, sus manos seguían apresadas dentro de las anillas que pendían del ancho cinturón.

—No temas; está al otro lado de la pared de cristal.

Aquel ser tenía unas alas artificiales con manos al extremo de ellas que podía utilizar. Su aspecto no inspiraba tranquilidad precisamente.

—Mira, hay más —señaló Fada, asustada.

En las otras jaulas se dejaron ver distintos seres, unos más grandes, otros más pequeños, todos con aspecto humanoide, pero con variantes que hacían que unos a otros, por diferencia de morfología, se parecieran horribles.

—Raig, Raig, nos han convertido en especies de zoo. Tengo miedo, Raig, mucho miedo.

—No lo digas —le pidió el joven—. Nos pueden estar oyendo.

Cogió una de las manos de Fada como pudo pese a las anillas que le sujetaban mientras algunos de aquellos seres vociferaban palabras, gritos que ellos no comprendían.

CAPÍTULO VII

—Tengo la impresión de que nos siguen —gruñó Virgili.

Sogo, sin dejar de caminar, miró en derredor. Era de noche en la ciudad Cero del planeta Caton, una noche que sólo tenía un cuarto de una de las dos lunas, una noche oscura y tenebrosa que podía teñirse en sangre.

Aceleraron el paso. Avanzaban por la ciudad vieja ansiando llegar cuanto antes a uno de los agujeros que les habrían de llevar a una guarida a salvo de los chimas y los milicianos del imperio.

—¡Alto!

La voz sonó fuerte, rotunda. Era la voz de un chim, pero detrás había otro. Virgili y Sogo se volvieron y en el extremo opuesto del callejón aparecieron unos milicianos.

—Es una trampa —masculló Sogo.

Virgili, que había presentido la difícil situación, gruñó:

—Hay que escapar.

Los dos guerrilleros de la causa echaron a correr hacia un callejón lateral. Escapar por él era tener una posibilidad de sobrevivir. La ciudad vieja todavía era un laberinto que el coronel Alvosot ansiaba destruir.

Los milicianos dispararon. Sogo notó una mordida en un brazo, y vio caer a Virgili alcanzado por un rayo ultratérmico que le hizo aullar de dolor.

—¡Virgili, arriba! —pidió Sogo empuñando su ama.

Los chims corrían ya hacia ellos.

—¡Huye, Sogo, huye! —exigió Virgili.

Sogo disparó contra los dos primeros chims, que llegaban hasta ellos blandiendo sus crueles porras eléctricas.

Los dos chims se inflamaron mientras Sogo escapaba y los milicianos

avanzaban con sus armas mortíferas.

Sogo escuchó un ruido suave, pero que conocía bien. Volvió la cara sin detener su carrera y vio a Virgili cómo se inflamaba, había preferido la muerte a ser capturado vivo.

Sogo volvió a intercambiar disparos y consiguió alcanzar a dos de los milicianos cuyos trajes no lograron protegerles. Después prosiguió su fuga.

Jadeó corriendo por callejas y callejones hasta entrar en un portal, cerrando la puerta rápidamente tras de sí. El dolor de su brazo era intenso.

Pegado a una pared, oyó pasos y gritos broncos en la calleja: le estaban buscando.

Su situación era altamente peligrosa.

Se adentró en la casa, el brazo le dolía cada vez más, pero apretó los labios con fuerza para que ningún gemido escapara por ellos.

Se escondió y dejó pasar el tiempo.

Salió de la casa sin dejar de empuñar su pistola incinerante cuando ya habían pasado más de dos horas desde que fuera herido. Sentía el castañetear de sus dientes, el sudor perlando su rostro, le había entrado como fiebre.

Siempre atento a ser descubierto de nuevo, con el sonido de sus propios dientes martilleándole el cerebro, con la impresión de que el entrechocar de su dentadura podía delatarle, pues se le antojaba un ruido insoportable, Sogo consiguió llegar a una de las entradas a la red de colectores que conducía a una de las guaridas de la causa.

Corrió tambaleándose por el dédalo de colectores abandonados y a través de ellos llegó a la guarida más segura con que contaba la causa que luchaba por la independencia de la civilización del planeta Caton.

No tardó en ser sostenido por manos amigas, hermanos que le condujeron a presencia de la jefe de la causa.

—Sogo, ¿qué ha ocurrido?

—Sideria, han matado a Virgili…

Sideria cerró levemente los ojos. El dolor arañó su corazón, pero no podía mostrar debilidad, tenía que ser fuerte, sobreponerse a todo sentimiento.

—Estás malherido.

—Me han dado en el brazo pero he escapado.

—Hay que curarte, Sogo.

—No es importante.
—Sí lo es.
Trasladaron a Sogo a una estancia pequeña donde le atendieron. Dos miembros de la causa que entendían en medicina y cirugía se ocuparon de él.
Sideria aguardó con semblante preocupado. Al cabo de un rato, Servet se reunió con Sideria y ésta, al verle el rostro, adivinó que la situación era mala.
—¿Morirá?
—Por ahora, no creo, pero su brazo…
—¿No se puede salvar?
—No.
—¿No se puede cortar por la herida y reimplantar? Era una técnica muy habitual antes de que llegaran los invasores imperialistas.
—No, ha pasado demasiado tiempo. El brazo camina hacia una gangrena rápida. Hay que amputarlo per completo y así y todo no es seguro que mañana o pasado las cosas no se compliquen más. Carecemos de un hospital adecuado, aquí sólo podemos llevar a cabo intervenciones de urgencia.
—Algún día volveremos a recuperar nuestros hospitales.
—Ellos han cortado nuestra cultura, nuestra ciencia, nuestra tecnología, tratan de colocarnos al nivel de androides.
—¿Sabe Sogo lo que le vais a hacer?
—Sí, tenía derecho a que se lo dijéramos.
—¿Se ha quejado?
—Sí; dice que no podrá llevar adelante el proyecto Cometa.
—Es terrible el tiempo que estamos perdiendo. Todo había ido bien hasta que desapareció Raig y luego, Fada.
—Ahora son prisioneros de los chims y los milicianos —le dijo Servet.
—Sí, y es posible que ya no los volvamos a ver vivos.
—Adelante —indicó Sideria—. Si Sogo está conforme, adelante. Habrá que comenzar nuevos entrenamientos, habrá que seleccionar a otros hermanos en la causa. El proyecto Cometa quedará detenido pero no abandonado. Ya tenemos mucho adelantado, aunque nos falta el elemento humano para llevarlo a término.
—Sogo no podrá hacerlo —dijo Servet.
—Desgraciadamente, así es, pero puede ser el maestro de nuevos

seleccionados para el proyecto Cometa.

Servet conocía bien a Sideria, no era ningún niño, tenía muchos periplos planetarios sobre sus costillas. La cogió por los brazos para decirle con cariño:

—Sé lo que sufres desde que tu hijo desapareció.

—Sufro por todos los desaparecidos, por todos los que mueren en la causa y por los que morirán.

—Es una lucha dura, larga y sangrienta, pero al final venceremos. La… —dudó en escoger la palabra adecuada— desaparición de Raig te ha de doler más, es carne de tu carne, sangre de tu sangre. La lucha se ha recrudecido, parecen tener prisa en acabar con nosotros. Es posible que los chims hayan recibido órdenes directas y exigentes del emperador Ronrig, verdadero culpable de la tragedia que vive nuestra etnia.

—Si están prisioneros resistirán a las torturas, estoy segura de ello —dijo Sideria.

—Voy a salvar a Sogo, ya que no puedo salvar su brazo.

Sideria asintió y únicamente cuando estuvo sola asomaron unas lágrimas a sus ojos.

Se reunió para estudiar la difícil situación de la causa. Estuvieron durante varias horas valorando las fichas de los miembros de la causa, la selección no era fácil y Sideria, muy cansada, expuso a sus compañeros:

—Consultaremos las fichas seleccionadas por nosotros con Sogo, él conoce bien las dificultades del control, manejo y pilotaje de la cámara piloto.

El prototipo que habían logrado construir en la clandestinidad era realmente, una incógnita que debía manejarse con gran habilidad y un sentido que sólo se adquiría tras pasar muchas horas, cientos de horas, pegado a los mandos.

Sogo estaba entero pero pálido, terriblemente pálido. Sus ojos abiertos semejaban ausentes. Sideria puso la palma de su mano en la frente de Sogo.

—Lo siento, Sogo, lo siento mucho.

Sogo levantó la mano que le quedaba y la puso sobre el dorso de la diestra de Sideria que a su vez la mantenía en la frente del herido mutilado.

—Me siento como tu hijo, pero tú eres la madre de todos y hay otros hijos que harán el trabajo de los que caemos.

—Tú no has caído, Sogo, aún no.

—Me falta un brazo, ¿qué puedo hacer?

—Serás el instructor.

—¿De quién? Seguimos sin saber nada de Raig.

—Si Raig no aparece… —Hizo una pausa en la que pareció que no iban a salir las palabras por su garganta, sensibilizada por el dolor—, hay otros. La causa no se queda sin hijos dispuestos a morir por la lucha contra el invasor.

—¿Crees que hay tiempo, Sideria?

—Tenemos todo el tiempo mientras estemos vivos.

—Es una pena que Raig haya desaparecido, entre él y yo hubiéramos podido hacer algo con nuestra primera cosmonave de combate. Sideria, esa cosmonave es obra tuya, sólo tuya.

—No es cierto, todos hemos trabajado en su construcción, robando pieza a pieza, fabricándolas a escondidas, muriendo por defenderlas. Sabemos ya que los invasores tienen noticia de que estamos llevando adelante el proyecto Cometa. Confiemos que no lleguen a descubrir nuestro prototipo.

—Yo creo que Raig aparecerá, sí, aparecerá cuando menos lo esperemos. Tu hijo, el hijo de tu vientre, vale mucho, es digno de ti.

Sideria no pudo evitar unas lágrimas silenciosas que surcaron su rostro.

CAPÍTULO VIII

El coronel Alvosot tuvo que acudir a la sala de planificación. Allí se encontró con los jefes milicianos que estaban muy cerca del propio emperador Ronrig.

El coronel Alvosot se sentía solo como ente de Caton en el cuadro de mandos de los invasores.

Un general miró al rostro del coronel Alvosot y con su entonación característica, una forma de hablar sensiblemente distinta a la de los entes de Caton, dijo:

—Ha tenido usted demasiado tiempo para terminar con los rebeldes de su planeta.

—La lucha ha sido grande por exterminarlos, sus milicianos armados han colaborado en la lucha. Como saben, nosotros sólo disponemos de las porras eléctricas, pero carecemos de armas para atacar a distancia.

—Los milicianos armados les han apoyado siempre y han obedecido sus órdenes, coronel; no puede decir lo contrario.

En aquel instante, el coronel Alvosot tuvo miedo, se vio vacilar en su puesto.

Si caía en desgracia, podían hacerlo desaparecer. Los seres del imperio Ronrig carecían del sentido de la piedad, podían quitarle toda graduación y convertirle en un chim sin mando alguno o, lo que podía ser peor aún, es que no le permitieran ser vigilante y lo enviaran a trabajar junto con los demás obreros en las minas, las factorías o el pueblo. Si eso ocurría, los hermanos de Caton lo lincharían por su comportamiento.

—Adelantaríamos más si mis vigilantes pudieran llevar armas, aunque fueran del tipo corto, pero armas, porque los rebeldes las tienen.

—Las tienen porque las han robado —acusó el general imperial hablando despacio, tan despacio que sus palabras resultaban amenazantes.

—Los entes de Caton ya disponen de las porras eléctricas que son muy efectivas —dijo otro de los generales allí reunidos.

—Ellos han robado las armas que poseen a los milicianos atacados y además deben haber encontrado algún depósito de armas cuya existencia ignorábamos. Los rebeldes son muy astutos y buscan en todos los agujeros, se apoyan los unos a los otros.

—Han obtenido las armas por la torpeza de usted y sus vigilantes —le acusó el general jefe.

El coronel Alvosot tuvo deseos de replicar con fuerza pero se contuvo. Estar frente a aquellos seres llegados de un mundo lejano y que imponían su yugo por la fuerza de su poder miliciano espacial era suicidarse. No podía replicarles, no era lo mismo que estar sobre el planeta mandando a sus hermanos de civilización.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido. Carecemos de los medios necesarios para capturarlos.

—Pero ha capturado a muchos, coronel.

—A algunos, general, a algunos y algunos han hablado después de intensos interrogatorios.

—Y no le han dicho nada importante.

—He conocido la existencia del proyecto Cometa.

—Que en realidad ignora de qué se trata. Su majestad imperial está molesto por esta ignorancia. El proyecto no dice nada sobre el planeta Caton, habla de un cometa y eso puede ser peligroso.

—Bah, no es ni más ni menos que una forma de hablar.

Uno de los generales pulsó un botón y una gran pantalla se iluminó, apareciendo el planeta Caton con su color, sus maravillosos relieves, sus océanos.

—¿Dónde se esconden los rebeldes? —inquirió el general jefe.

—Especialmente en la ciudad Cero. Sabemos que los hay esparcidos por todo el planeta, pero son más bien elementos de contacto e información. La lucha verdadera se lleva a cabo en la ciudad Cero.

El general ayudante volvió a pulsar botones en su control remoto y apareció un primer plano de la ciudad Cero.

—¿Dónde se esconden, coronel Alvosot?

El coronel, tratando de dominar su nerviosismo, temiendo que sus servicios al imperio Ronrig terminaran allí mismo, señaló una parte del

mapa.

—Ahí, en la ciudad vieja.

El general jefe del estado imperial exigió:

—Coronel, marque usted la zona en que cree se ocultan los rebeldes.

El coronel se acercó a la mesa de mando y puso su dedo sobre otra pantalla pequeña en la que aparecía el pequeño mapa. En la pantalla grande, por donde él pasaba el dedo, salía en rojo, marcando un área concreta de la ciudad.

—Marque con generosidad, coronel, con generosidad —exigió el general jefe de estado mayor con su voz bronca, con su respirar forzado, pues parecía que tuviera asma por lo ruidosa. Permanecer junto a un ser del imperio de Ronrig intranquilizaba, ponía nervioso.

—Yo creo que están en esta zona marcada.

—¿Seguro que no va a cometer un error por defecto?

—No, no creo.

—Bien, pues va a montar usted una operación especial.

—¿Cuál?

—Hará salir a los entes de esta zona enviándolos a trabajos. Los niños serán mandados a las granjas de educación.

—¿Y los que queden en sus casas o apartamentos?

—Serán enfermos, viejos y cosas así, ¿no, coronel?

—Sí.

—Pues déjelos. Hay que poner en marcha la operación sin llamar la atención para que los que estén allí escondidos como ratas no intenten escapar, que se confíen y de esta operación de limpieza no dirá usted una sola palabra a nadie.

—¿Y qué sucederá? —preguntó el coronel Alvosot, temiendo lo peor.

—Sencillo. Destruiremos todo signo de vida hasta una profundidad de quinientas unidades.

—Eso es mucho.

—Exactamente para que no quede vida biológica ni en el interior de un pozo.

—Pero, en los colectores y recovecos de las casas continuarán escondiéndose…

—No, no quedará un solo agujero. Desde aquí arriba, con nuestro cañón fundente, convertiremos en lava todos los edificios. Cuando el área exterminada se enfríe, no va a quedar absolutamente nada que recuerde que ha habido una ciudad, será como una masa rocosa.

—¿Y la gente que quede en las casas y no sean rebeldes? Me refiero a enfermos, a mujeres o viejos.

—Los viejos no son necesarios en Caton, no producen y sólo consumen. Eliminarlos es lo mejor.

—Esa medida puede sublevar a todo el planeta. No olvidemos que todos pueden estar seguros de llegar a viejos.

—Su majestad imperial no desea problemas estúpidos. La operación limpieza-fusión ha de llevarse a cabo. Empezaremos la cuenta atrás y si en esta ocasión no se limpia completamente de rebeldes la ciudad Cero, habrá que ir pensando en otros métodos más drásticos aún. Usted cercará la zona con sus vigilantes y capturará a quienes pretendan escapar, que con mucha suerte no pasarán de dos o tres.

El coronel Alvosot comprendió que aquellas órdenes no se podían discutir.

La vieja ciudad iba a ser fundida, arrasada con todos los seres vivientes que albergara en sus entrañas, unos descansando y otros laborando, sangrando en la lucha contra la invasión del imperio de Ronrig.

CAPÍTULO IX

Fada y Raig permanecían sentados en el suelo, con la espalda pegada a una de las sólidas paredes, encerrados en aquel zoo de jaulas de cristal construido dentro de la gigantesca cosmonave en la que tenía su residencia el emperador Ronrig, una cosmonave que le permitía trasladarse entre las estrellas y acercarse a los planetas sometidos que debían pagar su tributo en metales preciosos, gemas de gran valor, vegetales, cereales, proteínas cárnicas y minerales ya purificados que habrían de servir para alimentar los núcleos energéticos o para trasladarlos a las factorías donde se construían más cosmonaves al servicio del imperio.

Se encendieron unas luces y penetraron unos milicianos armados que revisaron las jaulas para que todo estuviera bien.

Lo que Fada y Raig ignoraban es que afuera había mandos para controlar cada una de las jaulas de cristal.

Al poco apareció el emperador Ronrig con un reducido séquito entre el cual había varias mujeres de su propio imperio que ardían de curiosidad por ver a la nueva pareja, aunque ya sabían cómo eran los seres de Caton.

Se detuvieron frente al cristal tras el que estaban los dos jóvenes capturados y secuestrados.

—Podéis realizar juegos procreativos, así nos divertiremos contemplándoos —dijo el emperador.

—Sois unos miserables, raza de cobardes invasores, etnia de asesinos y ladrones —escupió Raig.

Uno de los milicianos se acercó al pequeño tablero de mandos y movió un dial. De inmediato, del suelo y del techo, brotaron rayos sarmentosos de color azulado que se buscaban unos a otros y atraparon a la pareja en medio.

Raig y Fada saltaron de un lado a otro de la jaula de cristal queriendo escapar a aquella tortura. Cada vez que eran tocados, semejaban aguijoneados por insectos venenosos.

Un gesto de la mano del emperador Ronrig interrumpió el castigo.

—Deberéis moderar vuestro lenguaje —les dijo en tono pausado, casi paternal—. Cada vez que yo llegue, deberéis poneros de rodillas e inclinaréis vuestros cuerpos en señal de vasallaje. Os quitaremos las ropas y viviréis como lo que sois, dos especímenes de seres inteligentes no evolucionados. No os faltará comida ni diversiones en televisión, podéis procrear y jugar a vuestros juegos infantiles, pero obedeceréis.

—¡Nunca! —replicó Fada.

El miliciano que controlaba el cuadro de mandos hizo ademán de volver a castigarles con los rayos que brotaban al mismo tiempo del techo y del suelo, pero el emperador le contuvo, ordenando:

—Súbeles la temperatura, que pasen calor durante horas. Eso irrita, pero luego agota y aplaca.

Fada y Raig, impotentes para replicar, tuvieron que mirar los ojos curiosos de quienes les observaban desde el otro lado del cristal, invadidos de profunda humillación.

Cuando el emperador abandonó el pequeño zoo en el que tenía especies de seres inteligentes de todos los planetas sometidos, Fada musitó:

—Raig, comienza a hacer calor.

—Sí, hace calor.

—¿Hasta qué temperatura crees que llegaremos?

—No lo sé, supongo que querrán que sudemos un poco.

—Raig, quiero morirme antes de quedarme aquí.

—Escaparemos.

—¿Cómo? Es imposible.

—No hay nada imposible. Ponte detrás mío y libérame del cinturón.

Fada obedeció. Raig sintió el cinturón suelto, podía apartar las manos de su cuerpo, pero éstas continuaban atenazadas por las manecillas metálicas que se hallaban cogidas a aquel cinturón que no podían cortar.

—¿Y ahora qué? Tenemos también los collares, como si fuéramos animales.

—Tiene que venir alguien.

Esperaron a que se abriera la puerta, dando paso a un miliciano.

Raig sabía que tenían muy pocas posibilidades de salir de allí si se lo pensaba dos veces, por lo que no dudó en saltar sobre el miliciano, atenazándole el cuello con el cinturón.

—¡Quítale el arma! —pidió a Fada.

La joven cogió el arma del miliciano. Estaba preparada para la lucha de guerrilla y sabía usar las armas, por lo que no dudó en disparar sobre el invasor.

—Rápido, pon el rayo fundente y corta las anillas del cinturón —le pidió Raig, dejando caer el cuerpo del miliciano al suelo.

La mujer no temblaba, no vaciló al actuar. Le liberó del cinturón, pero aún tenían los collares alrededor de sus respectivos cuellos.

—¿Tendrá la llave de los collares?

A la pregunta de Raig, Fada se inclinó para registrar al miliciano. Este llevaba una plaqueta que no era otra cosa que la llave de los collares. La puso primero en el collar de Raig, liberándole.

Raig liberó a su vez a la joven del maldito collar y después ambos salieron de la jaula de cristal.

—Hemos de darnos prisa antes de que descubran nuestra fuga —dijo Raig mientras avanzaban por el corredor.

—Raig, dos…

Raig, que ahora tenía una pistola, disparó contra los dos milicianos, ganándoles auxiliado por la sorpresa.

Fada les vio caer y se acercó a ellos para recoger sus armas; de este modo, ambos quedaron armados.

—¿Y adónde iremos ahora? No podemos escapar —le dijo Fada.

—Escaparemos, hay que ir al hangar.

—¿Por dónde?

—No sé, hay que correr.

De pronto comenzó a sonar un silbido penetrante y obsesivo que hizo gruñir a Raig:

—Ya han dado la alarma y nos buscarán con las telecámaras.

—¿Cómo lo sabes?

—Sogo me dio muchas lecciones; él tenía planos.

En un distribuidor de corredores se toparon con una patrulla numerosa de milicianos armados. Intercambiaron disparos mientras retrocedían.

—¡Nos matarán, Raig!

—Es mejor morir.

Se introdujeron en una estancia tras cruzar una puerta y descubrieron que se trataba de un almacén en el que había montones de trajes milicianos blancos con sus yelmos y los protectores de rostros.

—Vamos, hay que vestirse como ellos: así pasaremos algo más desapercibidos.

Fada no tardó en vestirse tras escoger uno de los trajes. Después, abrieron la puerta con sigilo y salieron a los corredores donde había otros milicianos corriendo de un lado a otro mientras el obsesivo silbido invadía la gigantesca cosmonave que era una auténtica fortaleza espacial.

Raig obligó a Fada a introducirse en un elevador. Descendieron tres niveles.

Todo era desconocido para la joven pareja de rebeldes. Aquella tecnología les resultaba fantástica. No habían visto jamás nada parecido.

Se encontraron con una doble puerta transparente que se abrió ante ellos y prosiguieron hasta adentrarse en una especie de cilindro cuyas paredes estaban repletas de pequeñas cajitas delgadas en su parte exterior.

Fada, perpleja, inquirió:

—¿Qué será esto?

—No puede ser otra cosa que la memoria del ordenador central de esta cosmonave.

—¿La memoria?

—¡Dispara contra las paredes repletas, dispara!

El propio Raig comenzó a disparar contra las cajitas magnéticas que almacenaba la central de datos. Fada disparó a su vez, destruyendo gran parte de aquella memoria.

—¡Vámonos!

Tres milicianos les cortaron la salida.

Intercambiaron disparos. Raig corrió hacia ellos pasando prácticamente por encima de los cuerpos que caían. Era como si le protegiera un escudo que le convertía en invulnerable.

Fada le siguió corriendo, saltando también sobre los cuerpos que caían.

Tenían que escapar del interior de aquella gigantesca cosmonave casi esférica que orbitaba en torno al planeta Caton.

En la sala de mando y control reinaba el nerviosismo entre los generales jefes. En la pantalla aparecían imágenes que luego se

desfiguraban.

El emperador Ronrig apareció en la sala con su vestido recargado, con su capa lamiendo el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió en tono exigente.

Los generales, tras arrodillarse, trataron de explicar:

—Los prisioneros de Caton han escapado, majestad imperial.

—¿Escapado? ¿Cómo es eso posible?

—Han atacado a un guardián y ahora se les está buscando.

—Majestad imperial —dijo el general jefe—, serán capturados de inmediato, encerrados de nuevo en su jaula y castigados severamente.

—¿Qué pueden hacer? Sólo son una pareja de estúpidos seres inferiores.

—Su majestad imperial tiene toda la razón, son inferiores pero activamente belicosos.

—¿Belicosos? Bah, ¿qué pueden hacer? Son seres preparados para trabajar en las minas y en el campo, nada más.

—Es posible, majestad imperial, pero ya han destruido parte de la memoria del computador central, lo que resulta grave para nosotros.

—¿Que han destruido la memoria? —preguntó, al borde de la incredulidad.

—Así es, majestad imperial.

—Parece ser, majestad imperial, que se han apoderado de armas y con ellas han atacado a la memoria del computador central.

—¿Cómo es eso posible? ¿Y la vigilancia?

—Majestad imperial, exigiremos responsabilidades a los culpables —dijo el general jefe.

—Exijo una investigación inmediata. Los culpables caerán y a esa maldita pareja, la quiero viva.

De pronto, un fragor ascendió por suelos y paredes, se esparció por los techos.

Todos miraron en derredor, temiendo algo muy grave.

La gigantesca cosmonave sufrió una sacudida y se balanceó en todas direcciones hasta hacer caer al mismísimo emperador Ronrig.

—¡Captúrenlos, captúrenlos! —chilló con su voz bronca.

Los generales comprendieron que la situación se ponía muy fea.

La joven pareja de Caton debía haber hecho estallar algún sistema vital de la cosmonave cuya alarma seguía funcionando.

Dos elementos hostiles habían sido introducidos en sus entrañas y

estaban destruyendo todo lo que encontraban a su paso.

Era como si un voraz insecto se hubiera introducido en el abdomen de un ser humano y se dedicara a destruir intestinos, hígado, todo cuanto hallaba a su paso.

CAPÍTULO X

—¿Qué hemos destruido, Raig?

—No lo sé, pero creo que es algo importante. ¡Corre, corre!

—¿Hacia dónde?

—No sé… Hacia aquel elevador.

El elevador les descendió hasta el gigantesco hangar donde había varias pequeñas cosmonaves, en realidad eran cosmonaves de combate.

—Ahora no corras. Hemos de procurar pasar inadvertidos. Llevamos sus mismos trajes y es posible que no nos identifiquen.

Avanzaron despacio hacia la cosmonave en la que acababa de fijarse Raig.

Al llegar a ella, abrieron la portezuela y se metieron dentro. Cerraron rápidamente sin que nadie se percatara de su acción mientras en toda la monumental cosmonave, enseña y nodriza al mismo tiempo, sonaba el pitido de alarma.

Varias pantallas se encendieron ofreciendo la imagen de los generales dando órdenes, pantallas que vacilaban debido a las múltiples averías que sufría la cosmonave, yugo de tantos planetas, de tantas civilizaciones que veían abortada su evolución natural para ser convertidas en esclavas de la ambición y la soberbia de un ser llamado Ronrig.

Fada miró todos los controles y luces de la carlinga. No entendía nada de aquello, tampoco las esferas ni sus símbolos ideográficos que nada tenían que ver con el alfabeto empleado en el planeta Caton.

—¿Qué hacemos ahora, Raig? ¿Esperar aquí a que nos descubran?

—No.

—¿Entonces? —preguntó, angustiada, sin atreverse a mirar por las ventanillas, temiendo ser descubierta.

—Podemos intentarlo.

—¿El qué?

—Salir en esta cosmonave de combate.

—Imposible.

—¿Por qué?

—¿Te has vuelto loco? Nadie en nuestro planeta lograría entender semejante maraña de señalizaciones, luces y signos.

—Los principios físicos básicos en toda navegación cósmica e incluso aérea son los mismos. Si conoces las raíces, puedes tener tropiezos, pero es posible que tengamos algo de suerte. Después de todo, sólo podemos perder una cosa.

—¿El qué?

—La vida.

—¡Raig! —exclamó ella ahogadamente.

—Fada, si nos atrapan de nuevo, despídete de la vida o, peor aún, nos torturarán para castigarnos. ¿Crees que no merece la pena correr el riesgo?

—Adelante, Raig. Estoy contigo si es que eres capaz de mover este trasto.

—Lo intentaré.

Comenzó a tantear en los mandos, en los teclados, en los resortes, palancas y diales; las luces se encendieron y apagaron, se escucharon pitidos, incluso voces por un receptor. Fada tragó saliva.

—No podremos salir, la puerta está cerrada.

Raig se fijó en un botón rojo sobre el que había un signo que ya había visto antes en uno de los artilugios robados a los milicianos imperialistas.

—Esto puede ser el disparador. Veamos en la pequeña pantalla…

En la pantalla apareció la puerta que tenían delante y centrada en ella, una estrella superpuesta.

—¿Qué vas a hacer, Raig?

—No lo sé bien. Puede que si oprimo este botón sea el fin de todo, ignoro las posibilidades destructoras de esta cosmonave miliciana, sólo sé lo que me enseñó Sogo en el prototipo y poco tiene que ver con éste, pero hay que jugárselo todo a una sola carta.

—Raig, llegan más milicianos al hangar, todos armados. Quizás sospechan que estamos aquí.

—Es lo más seguro. Hay que decidirse, de modo que, ¡agárrate!

Hundió el pulsador y, de inmediato, brotó un rayo ígneo, grueso y cegador.

Era un auténtico cañonazo que dio de lleno en la puerta del hangar.

Los milicianos parpadearon, cegados por la intensa luminosidad.

La luz estallaba sobre la gigantesca puerta que enrojecía por momentos. Todos comprendieron lo que allí podía suceder y dispararon contra la cosmonave en la que se refugiaban Fada y Raig.

Se produjo un intenso y súbito temblor.

La puerta, ya a medio fundir, se abombó hacia el exterior y luego reventó aparatosamente, abriéndose un enorme boquete. Fue como una terrible explosión.

La cosmonave de combate fue succionada hacia el exterior pasando por el gran boquete que había en la compuerta destrozada. Fueron catapultados al espacio exterior al despresurizarse el hangar en forma violenta.

Raig y Fada fueron sacudidos dentro de la cosmonave de combate que saltó al vacío succionada por la diferencia de presión.

Otras cosmonaves siguieron tras ellos como papeles movidos por el viento.

También salieron volando cerca de una docena de milicianos que quedaron flotando en el espacio cósmico sin aire sin presión para sus cuerpos.

La muerte fue rápida, ya que sus trajes y yelmos no estaban preparados para resistir la falta de atmósfera, la gelidez absoluta. Tampoco llevaban aprovisionamiento de oxígeno.

Además de los pitidos de alarma se pusieron en marcha unas chicharras que advertían que había que cerrar compuertas para crear compartimentos estancos.

El hangar, con sus compuertas abiertas, imposible ya de ser cerrado, quedó sin vida; sólo se podía acceder a él provistos de trajes de supervivencia espacial.

—¡Malditos, malditos! —rugió el emperador Ronrig. Encarándose con sus generales que estaban aturdidos por los trágicos acontecimientos, les gritó—: ¡Estúpidos, estúpidos, que no escapen!

La cosmonave en la que se escondían Raig y Fada daba vueltas en el espacio exterior, alejándose del planeta, totalmente descontrolada como las otras que también fueron succionadas por el vacío del cosmos.

Raig y Fada eran sacudidos de un lado a otro dentro de la pequeña cosmonave de combate.

—¡Raig, no podremos gobernar esto! —chilló la joven.

El hombre movió varios resortes y pulsó un botón. La cosmonave se vio catapultada con muchísima más fuerza en el espacio mientras la tobera de popa despedía un gas blanquísimo y cegador que estaba a miles de grados Celsius.

—¡Ya funciona!

—Pero, Raig, ¿adónde vamos?

—No lo sé, tengo que aprender a manejar esto.

Por deducción, acordándose de todas las técnicas que le enseñara Sogo, Raig logró dominar la cosmonave que se había perdido en el espacio. El planeta Caton ya no se veía y muchísimo menos la gigantesca cosmonave imperial.

—Fíjate, Fada, fíjate, ya empiezo a dominarla.

Raig comenzó a evolucionar en el aire como un alumno en su primer vuelo cosmonáutico.

—No llegaremos nunca a nuestro planeta con esta cosmonave.

—Eso no lo sabemos. De momento hay que habituarse a estos mandos y efectuar algunas maniobras de aproximación.

—¿Adónde?

—Mira, allá está el planeta Brio.

—¿Ese es el planeta Brio?

—Sí, el que vemos en nuestras noches de estío en color rojo intenso.

—Nos vamos a estrellar.

—Voy a probar de pasar tangencialmente desafiando su fuerza de gravedad.

—¡No lo conseguirás, Raig, no lo conseguirás, nos estrellaremos!

Se acercaban más y más al planeta Brio, un planeta tres veces mayor que Caton con densidad dos punto cuatro, lo que indicaba una gran solidez.

Por otra parte, carecía de atmósfera. Era un planeta muerto, sin océanos, sin agua, un planeta recubierto de rocas que al reverberar la luz de la estrella que lo atrapaba y, lo hacía orbitar a su alrededor le daba una tonalidad rojiza.

—Hemos entrado en su campo gravitatorio —dijo Raig notando el impulso de la cosmonave hacia el planeta que se agrandaba cada vez más ante ellos.

—Cierra el motor.

—No, si lo hiciera no podría maniobrar.

—¡Nos estrellamos!

Raig sudaba. Miró todos los maridos y optó por girar una palanca hacia la izquierda. De inmediato, la cosmonave efectuó un giro de noventa grados y escapó de la masa del planeta Brio contra el que iban a estrellarse.

—¿Lo ves? Hemos escapado.

—¿Y adónde vamos ahora, Raig?

—No lo sé, pero si volvemos atrás nos van a incinerar sin que podamos regresar a nuestro planeta.

—¿Y cuánto tiempo resistirá esta cosmonave en el espacio?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé… —De pronto, se echó a reír. Miró a su compañera y dijo—: Nuestras vidas dependiendo del azar, yo no entiendo lo que dicen las instrucciones de este aparato, de modo que hay que confiar en la suerte

Ella alargó su mano y cogió una de las de Raig, todavía rodeadas por las anillas de la esclavitud.

—Pase lo que pase, estoy contigo —musitó.

Él se inclinó sobre Fada y la besó en los labios mientras la cosmonave, como a la deriva, sin rumbo ni dirección, navegaba por el espacio cósmico.

Pasó el tiempo.

Raig optó por apagar el motor pero continuó maniobrando.

—Tengo hambre —suspiró la muchacha.

—Me temo que a bordo de este chisme de combate espacial no hay comida.

Fada buscó y sólo encontró agua con un gran tanto por ciento de glucósidos en suspensión.

—¿Esto servirá para beber?

—¿Y yo qué sé? A lo peor es un lubricante para las partes mecánicas del aparato.

—Pues no hay nada para beber.

—Confiemos en nuestra suerte.

Volvieron a cogerse de la mano mientras a través del cristal frontal podían ver la estrella sol que daba vida a un planeta esclavizado y torturado llamado Caton.

CAPÍTULO XI

Dentro de la gigantesca cosmonave invasora no habían superado aún el caos ocasionado por la pareja de rebeldes en su accidentada huida.

Los daños ocasionados habían sido muchos e importantes.

Raig se había familiarizado con la cosmonave del imperio invasor y se dispuso a entrar en la atmósfera de Caton por la cara contraria a la que orbitaba la gran cosmonave que trataba de reparar daños y rehacerse para recuperar todo su poder ofensivo.

—Esperemos que no nos descubran —dijo Raig—. No tengo suficiente experiencia con este aparato para entrar en combate con los que son expertos.

Entró en la atmósfera y descendió, acercándose a la biosfera.

—¿Crees que conseguirás detenerlo?

—Espero que sí —dijo, no muy convencido de sus propias palabras.

Se acercaron a las aguas oceánicas y llegaron a tocarlas produciendo grandes salpicaduras en derredor y vapor de agua, como si fueran un monstruo marino que emergiera a la superficie.

Toda la cosmonave temblaba ante aquellos rozamientos. Raig aminoraba la velocidad, lo que era primordial.

—¡Tierra, Raig, tierra! —advirtió Fada.

Raig no modificó el rumbo de la cosmonave y siguió avanzando pegado al suelo como si fuera un aerodeslizador.

Fada temía que al llegar a suelo firme sobreviniera su fin, mas no ocurrió así. Raig logró controlar la cosmonave y avanzar con ella.

Rebasaron la playa y se introdujeron por claros.

—Creo que podría detener el aparato ahora mismo —dijo Raig.

—¿Y por qué no lo haces?

—No quiero abandonarlo, nos puede ser muy útil. Ahora sería

conveniente ir a las coordenadas secretas.

—¿Las conoces?

—Sogo me las dio. Me pidió que fuera a ellas en el momento crucial. No sé si este momento que vivimos es el crucial, pero creo que debemos dirigirnos allá.

—Entonces, Raig, adelante.

La cosmonave siguió avanzando pegada al suelo como un aerodeslizador de carga. Los radares automáticos la confundirían y no repararían en ella, o cuando menos eso era lo que Raig deseaba.

Cada vez manejaba mejor aquella cosmonave que tenía capacidad de maniobra dentro de la atmósfera. Fada se había tranquilizado.

Raig señaló hacia adelante.

—Mira allí, en el acantilado.

—No veo nada.

—¿No ves una gran oquedad?

—Sí, ahora sí.

—Aquél es el punto exacto de las coordenadas. Lo dicen los aparatos de esta cosmonave.

—¿De verdad los entiendes?

—Unas horas más pilotándola y podría entrar en combate con ella.

Volvió a deslizarse sobre el agua y se dirigió a la oquedad.

Esta se adentraba en la pared del acantilado que semejaba inaccesible para llegar a pie hasta él.

La cosmonave se introdujo en la gigantesca cueva en la que penetraban las aguas marinas. Raig encendió el faro y todo se iluminó ante ellos. Llegaron hasta una playa interior y allí descubrieron una nave.

—Raig, ¿qué es eso?

—No lo había visto antes con mis propios ojos, pero debe de ser el prototipo del proyecto Cometa.

Detuvo la cosmonave sobre la arena, frente al prototipo construido en la clandestinidad por los rebeldes.

—No hay nadie —observó Fada.

—Es cierto, no parece que haya nadie. Salgamos.

Se apearon de la cosmonave y nada más saltar sobre la arena, se vieron sorprendidos por un grupo numeroso de entes de Caton. Uno de ellos se adelantó entre los demás, era un ser al que faltaba el brazo izquierdo hasta casi la altura del hombro.

—¡Raig, muchacho!

—¡Sogo!

Se fundieron en un abrazo. Raig notó inmediatamente la mutilación del maestro y amigo.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nos descubrieron, Virgili murió.

—¿Y…?

—¿Sideria?

—¡Raig!

Todos se apartaron, acababa de aparecer la jefe del movimiento clandestino de lucha contra el invasor.

—¡Mamá!

Fada les vio abrazarse y sintió que toda ella temblaba de emoción.

—Raig, ¿te encuentras bien? —preguntó Sideria, controlando su propia emoción.

—Sí. Fada ha llegado conmigo, hemos estado encerrados en la morada espacial del emperador Ronrig.

—¿Le habéis visto?

—Sí, le hemos visto —asintió Raig.

Fada, acercándose, añadió:

—Es cruel, carece de piedad. Tiene a seres inteligentes encerrados en una especie de zoo para su diversión. A nosotros nos metió en una de sus malditas jaulas de cristal como si fuéramos dos especímenes curiosos.

—Lucharemos contra él. ¿Dices que está arriba? —preguntó Sogo.

—Sí, hemos arañado su gran cosmonave y estarán furiosos. He disparado contra su computador central y hemos destruido depósitos de combustible; es posible que no estén preparados para alejarse de nosotros.

—Si han recibido algún daño, sería el momento de atacar —opinó Sogo.

Sideria puntualizó:

—El prototipo no está terminado.

—Es cierto —admitió Sogo—. Estábamos acabándolo, pero al ver acercarse esa cosmonave miliciana hemos desaparecido todos. Menos mal que erais vosotros. Por cierto, Raig, ¿cómo has podido pilotar ese endiablado aparato?

—Con las lecciones que tú me diste, Sogo.

—¿Yo? —repitió asombrado.

—Sí, tú me enseñaste las técnicas del manejo de una cosmonave.

—Te adiestré para que pudieras pilotar el prototipo, ese aparato que ves ahí.

—Sí, pero en el fondo la tecnología es similar; sólo había que poner un poco de lógica e intuición.

—Sí, había que poner intuición y lógica mientras dábamos tumbos metidos en ese chisme, escapando de los milicianos —suspiró Fada—. Todavía no entiendo cómo hemos podido escapar.

Con su único brazo, Sogo volvió a abrazar a Raig.

—Eres magnífico, muchacho. Sabía que conseguirías cosas importantes.

Sideria intervino para preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace falta para que el prototipo pueda entrar en acción?

—Dos jornadas, y una más para colocarle la bomba.

—Pues hay que abreviar el tiempo —exigió Sideria—. Estamos en peligro de muerte, nos acosan por todas partes. El coronel Alvosot, además de traidor, parece haber enloquecido. Las redadas son espantosas, lo mismo que las torturas. Es como si se avecinara algo importante.

—De acuerdo —asintió Sogo—. Nos pondremos todos a trabajar y tú, Raig…

—¿Sí?

—Vas a enseñarme cómo se maneja esa cosmonave miliciana.

—¿Quieres subir en ella?

—¿Quién sabe? ¡Todos al trabajo!

Fada se acercó a Sideria y le explicó:

—Fue el coronel Alvosot quien nos capturó. Torturaron a Raig.

—¿Mucho? —preguntó Sideria, muy preocupada pero en tono bajo.

—Raig es fuerte y valiente, resistió. El coronel Alvosot estaba furioso. Por lo visto tenía que llevarnos arriba a presencia del emperador Ronrig.

—El coronel Alvosot tiene que pagar su traición, lo mismo si vencemos que si sucumbimos.

—Me temo, Sideria, me temo… —Fada contuvo unas lágrimas, le temblaron los labios antes de decir—: La milicia del imperio de Ronrig es muy poderosa y nosotros sólo tenemos una nave que ni siquiera

sabemos si se moverá de donde está.

—Hay que confiar. Hacemos lo que podemos. Tenemos que demostrarle que no somos tan inferiores como Ronrig asegura.

—Para vivir en la esclavitud, es mejor morir luchando contra el invasor.

Fada abrazó a Sideria, ya no podía contener sus lágrimas.

—Sí, es mejor morir —aceptó.

CAPÍTULO XII

El coronel Alvosot recorría las calles de la ciudad vieja en un aerodeslizador, acompañado de cinco chims y dos milicianos armados; el coronel Alvosot siempre había tenido la impresión de que los milicianos uniformados de blanco, con los rostros cubiertos por los yelmos, en vez de protegerle le vigilaban a él también.

De pronto, surgió un disparo que dio en un punto vulnerable del aerodeslizador y éste se detuvo.

—¿Qué ha sido? —preguntó el coronel Alvosot.

—Nos atacan —dijo el conductor.

Del lugar de donde había salido el primer disparo brotó otro que acertó en el propulsor de popa del aerodeslizador.

El aparato dio varias vueltas sobre sí mismo, como enloquecido, y luego se detuvo tras sacudir a quienes viajaban en su interior, haciéndolos caer unos encima de otros.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó el coronel Alvosot—. ¡Llame a la central de vigilancia para que vengan refuerzos!

—El telecomunicador no funciona, mi coronel —respondió el conductor.

El coronel ya no le oía, había saltado fuera del vehículo y lo mismo hicieron los demás. Los chims armados con sus porras eléctricas y los milicianos con sus armas reglamentarias. Más disparos se abatieron sobre ellos.

—¡Es una emboscada! —chilló el coronel Alvosot.

Los rayos incinerantes brotaban de distintos lugares. Estaban dentro de un cerco mortal y la patrulla fue cayendo, incluidos los milicianos; todos cayeron menos el coronel Alvosot, los disparos semejaban respetarle.

El coronel trató de apoderarse del arma de uno de los milicianos incinerados, pero un disparo destruyó el arma, obligándole a retroceder.

—¡Malditos!

El coronel echó a correr. Apenas había avanzado unas docenas de pasos cuando de entre las casas y callejas salieron varios entes de Caton cuyas miradas estaban fijas en él, obligándole a detenerse primero y a retroceder después, pero por todas partes le salían rebeldes, luchadores de la causa.

—¡Esperad, esperad, soy vuestro hermano, soy de los vuestros, sólo yo puedo salvaros!

El cerco de odio se fue estrechando más y más, no tenía escapatoria.

De pronto, alguien lanzó un objeto contundente que dio en la frente del coronel Alvosot; éste se tambaleó.

—¡Basta, no le matéis! —ordenó una voz femenina.

Nadie osó lanzarle ningún objeto más, nada que pudiera dañarle.

Pasándose la mano por la frente herida, el traidor a su pueblo identificó a la mujer.

—Sideria…

—Ha llegado tu hora, Alvosot.

—¡Estáis locos, locos! Vuestra única posibilidad de supervivir es obedeciéndome a mí. Dejadme, dejadme escapar.

—No seas estúpido, Alvosot, no te vamos a dejar escapar; eres el mayor, de los traidores, peor que el propio invasor Ronrig.

—Podéis matarme, sí, podéis matarme ahora mismo, pero lo único que conseguiréis es vaciar vuestro odio hacia mí y eso no os salvará. Yo conozco los planes que ellos tienen, destruirán el planeta. No quieren rebeldes y antes de que un planeta quede sin su dominio, prefieren convertirlo en magma espacial.

—Es posible, Alvosot, pero preferimos morir a convertir nuestra civilización en una etnia esclava sin posibilidades de evolución.

—¡Estáis locos, locos! —gritó el coronel Alvosot—. ¡Destruirán el planeta!

A una señal de Sideria, uno de los luchadores de la causa le puso una capucha sobre la cabeza al tiempo que otro le ataba las manos a la espalda.

El coronel Alvosot fue empujado y los rebeldes desaparecieron de aquel lugar.

* * *

—No es difícil —opinó Sogo—. Lástima que sólo me quede un brazo.

—Tú te vales bien aunque seas manco —dijo Raig.

Fada llegó junto a ellos para decirles:

—Sideria os llama.

—Vamos, muchacho. Si ella nos llama, es que se trata de algo importante.

Salieron de la cosmonave mientras los especialistas seguían trabajando para ultimar la preparación de la cosmonave prototipo.

Siguiendo a Fada, llegaron a un pequeño despacho excavado en el interior de la roca. Rodeada de terminales casi primitivas y de fabricación artesanal, estaba Sideria.

—¿Nos llamabas?

—Alvosot ha contado todo lo que sabe.

—¿Y? —preguntó Raig, lacónico.

—Parece ser que ha comenzado una cuenta atrás. Un súper cañón fundente apunta a nuestra ciudad. Si se limitan a disparar tal como está previsto, fundirán todo el barrio viejo de la ciudad Cero hasta convertirlo en puro magma, piedra fundida, pero si aumenta el poder del cañón, será toda la ciudad la que se fundirá transformándose en un lago de fuego. No quedará nadie ni nada en pie.

Fada se estremeció.

—Eso es terrible —dijo.

—¿Cuánto queda?

A la pregunta de Raig, Sideria contestó:

—Menos de tres horas.

—¿Cómo podemos impedirlo? —preguntó Sogo.

—Alvosot no tiene poder sobre los milicianos. Los generales de la milicia imperial son crueles y para ellos nuestras vidas no tienen importancia alguna.

—Tres horas es poco. No tenemos medios para hacer evacuar la ciudad —opinó Sogo.

Raig observó a su vez:

—Es de noche, todos estarán en sus casas.

—Podríamos recorrer la ciudad con megáfonos o intentar ocupar el centro de programas de televisión para emitir una comunicación —dijo Sideria.

Fada opinó:

—Si están durmiendo, la mayoría no verán el programa. Además, lo

pueden captar los invasores.

Raig tensó los músculos de su rostro y puntualizó:

—La cosmonave del imperio, la que nos somete, está tocada en algunas de sus áreas.

—¿Cuáles quedaron dañadas? —preguntó Sideria.

Raig se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. Dañamos su memoria, un depósito de combustible y las puertas del hangar, pero no sé qué es lo que no les funciona. Es imposible saberlo desde aquí abajo. Es probable que no se atrevan a alejarse de donde están hasta que hayan hecho todas las reparaciones; eso, por el momento, ya nos da una oportunidad.

—Entonces, estamos perdidos —expuso Sideria.

—No, no estamos perdidos aún —replicó Raig como recobrando fuerzas—. Podemos intentarlo.

—¿El qué? —preguntó Sideria. Antes de que el joven respondiera, añadió—: No estarás pensando en el proyecto. Cometa…

—Sí.

—Estás loco, todavía faltan demasiadas horas para que el prototipo, que es el meollo del proyecto Cometa, esté fino y apto para intentar desplazarse y no estamos seguros de que llegue a moverse.

—Dos horas para la puesta a punto —pidió Raig.

Sogo replicó:

—¡Imposible!

—No hay nada imposible —replicó Raig.

Sideria admiró la decisión de su hijo, pero quiso mesurar la situación.

—Si el prototipo no está listo para despegar, no es posible.

—Hay que ponerlo en funcionamiento. Dos horas y que coloquen ya la bomba en el prototipo. Tendréis quince minutos para alejaros de este lugar.

Fada agrandó sus hermosos ojos antes de contestar:

—¿Por si explota?

Raig se quedó callado, pero Sogo asintió:

—Hay que contar con esa posibilidad.

—Eso es como un suicidio —observó Fada.

—Tenemos menos de tres horas para salvar nuestra ciudad, quizás para salvar a todo nuestro pueblo. ¿Qué importa la posibilidad de que se pierdan una o dos vidas? Nuestra única oportunidad de escapar es

intentando atacar. Ellos no esperan nuestro ataque y sólo en este instante son vulnerables.

—Raig, no son vulnerables. Tú quieres creerlo así, pero no lo son, no te dejarán ni acercarte a ellos —le dijo Fada con vehemencia.

—Debo intentarlo aunque sea lo último que haga. ¿Listos, Sogo?

—De acuerdo, muchacho, pero yo…

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Sideria directamente.

—Yo pilotaré la cosmonave miliciana, volaré delante de Raig. El irá con el prototipo detrás de mí.

No hubo más discusión, todos comenzaron a trabajar febrilmente.

Raig se convirtió en jefe de la operación; de cuando en cuando se oía su voz por encima de las demás.

—Eso no es importante, no voy a usarlo; prescindid de ello y dedicaos a otra cosa.

Sogo se había metido dentro del aparato de la milicia y repasaba sus mandos. Raig le había instruido en su manejo y él estaba seguro de que podría maniobrar con una sola mano. No había tiempo para preparar a nadie más.

Raig miró el reloj, los minutos habían ido pasando. Con un megáfono electrónico de mano, dijo:

—Esto se terminó, que todos se alejen por los túneles. Tenéis quince minutos, deseadme suerte.

—¡Suerte! —gritaron todos al mismo tiempo.

Vio a su madre y a Fada agitando las manos, luego desaparecieron.

Ya solos, Sogo se le acercó.

—¿Tranquilo, muchacho?

—Sí.

—Yo volaré delante de ti. Abriré fuego contra quienes nos ataquen y tú tienes que aproximarte a la cosmonave de Ronrig y lanzar el misil-bomba dentro.

—El mejor lugar es el hangar. Las puertas están fundidas y se podrá lanzar al interior si es que no han colocado otras nuevas.

—No habrán tenido tiempo, se moverán por allí con trajes espaciales.

Raig tendió su mano a Sogo y éste le dio la única que tenía. Se la estrecharon mutuamente pero luego juntaron sus cuerpos en un abrazo.

—Suerte —se desearon.

Cada cual quedó en su aparato. Los minutos pasaban rápidos, tenían

que dejar los suficientes para que pudieran escapar sus compañeros.

Cuando Raig iba a poner en marcha el motor de aquel prototipo que nadie sabía si funcionaría o no, descubrió una figura que había quedado agazapada en un rincón.

—¡Fada!

La joven sonrió.

Raig abrió la portezuela y gritó:

—¡Fada! ¿Qué haces aquí?

—Nada. Si tú explotas, yo también quiero morir.

Raig apretó los labios y gruñó:

—Anda, sube. Si hemos de morir, que sea juntos.

Fada entró en el vehículo. La puerta se cerró. El hombre no pudo contener una sonrisa.

—Adelante, Raig —dijo ella sentándose detrás, pues el prototipo había sido diseñado para dos plazas.

Raig oprimió el botón de puesta en marcha y comenzó a abandonar la cueva del acantilado.

La cosmonave prototipo comenzó a moverse, salió de la cueva primero con vacilaciones y suavemente después.

—¡Funciona, Raig, funciona! —gritó Fada, satisfecha.

Sogo se elevó en el aire y Raig le siguió a corta distancia.

Escaparon al espacio y salieron de la estratosfera en busca de la gran cosmonave de Ronrig que no esperaba un ataque de los rebeldes de una etnia esclavizada.

Aparecieron dos cosmonaves de combate. Sogo comenzó a oír llamadas que no entendía y optó por disparar su armamento derribando a las dos cosmonaves del imperio Ronrig. Ya nadie podía interrumpir el acercamiento.

Ante ellos estaba la gigantesca cosmonave nodriza en la que residía el emperador. Raig conocía el camino de entrada al hangar y hacia él se dirigió mientras Sogo luchaba con otras cosmonaves.

—¡Raig!

—¿Qué, Fada?

—¡Han destruido a Sogo!

—¡Malditos!

Raig se acercó a la puerta del hangar que seguía abierta, destrozada, y disparó la bomba-misil, que penetró en ella sin que nadie pudiera impedirlo.

Raig pasó de largo mientras se producía una explosión que iba desencadenando otras.

De pronto, la oscuridad se hizo luz.

La cosmonave prototipo sufrió una violenta sacudida y perdió el control durante varios minutos mientras el imperio de Ronrig se disolvía en el espacio.

La cosmonave desapareció convertida en polvo espacial. Ronrig ya sólo sería historia de una invasión para la civilización de Caton.

—¡Volvemos a ser libres bajo las estrellas! —gritó Raig mirando hacia un planeta llamado Caton que al fin había dejado de ser esclavo de unos alienígenas que habían llegado a invadirlo.

FIN



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección



que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. 

PRECIO EN ESPAÑA 50 PTAS.

Impreso en España